

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

UN CASO PARTICULAR

Rocco Sarto



PUNTO ROJO

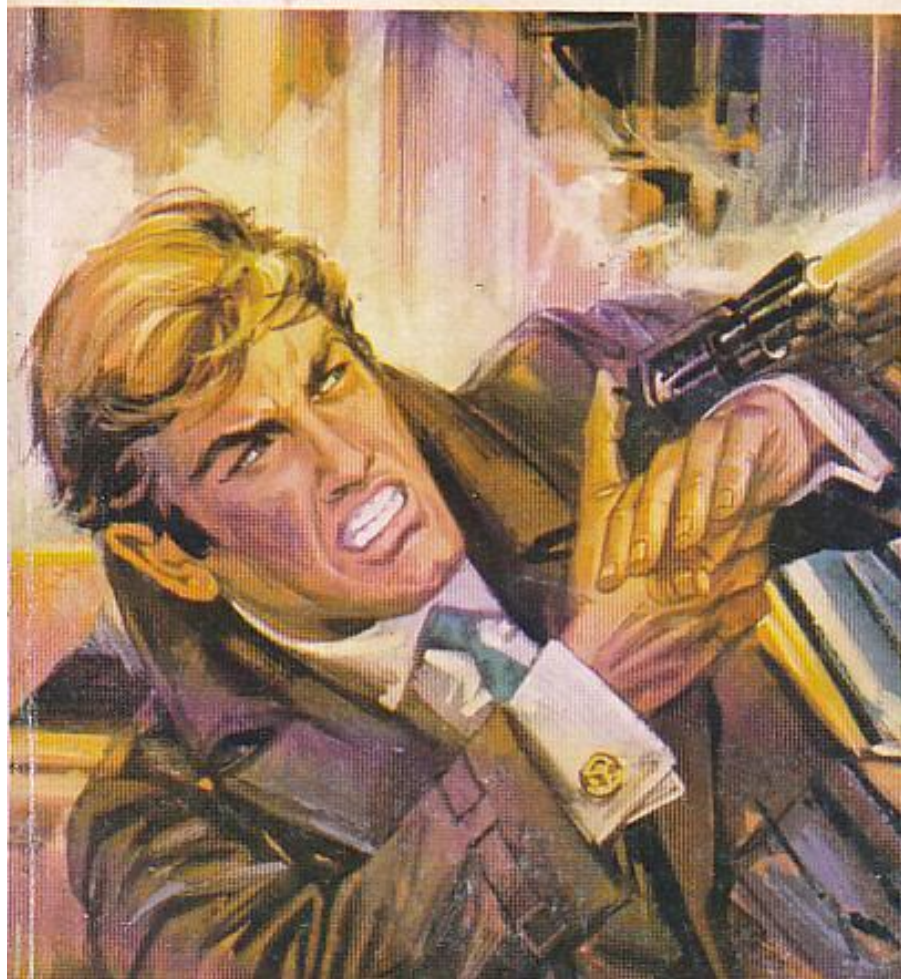
**BRU
GUE
RA**

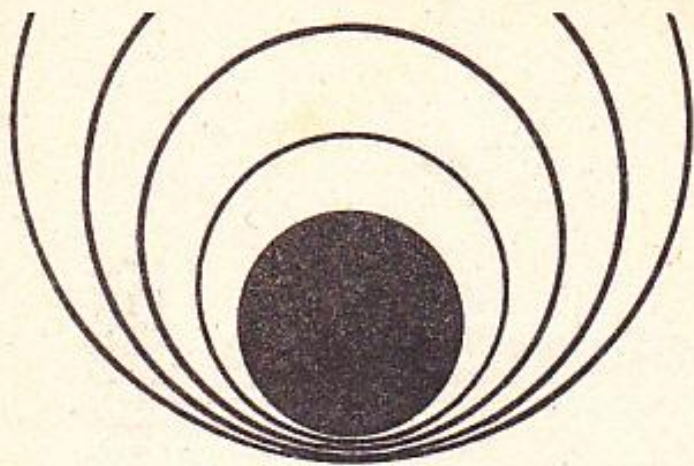
BOLSILIBROS

T POLICIAO

UN CASO PARTICULAR

Rocco Sarto





PUNTO ROJO



ROCCO SARTO

UN CASO PARTICULAR

Colección PUNTO ROJO n.º 1.129 Publicación semanal

ROJO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección KANSAS:

1.302 — Joe Laredo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.126 — Una sonrisa antes de morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.726 — Adiós al servicio.

ISBN 84-02 02520-X • Depósito legal: B. 35.436-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: diciembre, 1983 1.a edición en América: junio,
1984

© Rocco Sarto - 1983

texto

© Garda - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza

con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paretsdel Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Bo Ralphy era un solitario. No se había casado jamás y llevaba una vida oscura que sólo incluía la mínima geografía del Village, especialmente en el recorrido que llevaba desde su habitación alquilada al pequeño cine, no más de tres manzanas. Pero yo sabía, y creo que soy el único, que había tenido una mujer. Una noche me lo había dicho:

—Pete, ésta es una velada muy especial. Vendrás a mi casa y conocerás a la mujer más maravillosa de Manhattan. Sé que te parecerá imposible que ella exista, pero debes tener confianza en el viejo Bo.

Y la docena de pelos del lunar se abrazó a las pestañas en una caricia triunfal.

Ella se llamaba Veda, era más joven que Bo y trotaba las calles en busca de clientes de cinco dólares. Estaban enamorados. Fue la única vez que les vi juntos, sonrientes y sumergidos en la atmósfera familiar que Bo había creado dentro de su pulcro apartamento.

Veda había muerto al cabo de unos pocos años. Un borracho conduciendo un Cadillac color rosa y tapizado con piel de tigre la había atropellado en la esquina de Lexington y la calle 34. Bo abrió una caja de galletas inglesas que Veda había recibido de su madre, extrajo de ella los ahorros de la mujer y pagó el entierro que le había prometido.

A partir de aquel día, el día de la muerte de Veda, Bo no volvió a tener otra relación amorosa.

Dejé de verle durante los tres años que pasé en Vietnam y luego, durante algunos períodos por razones de trabajo. La última vez habíamos comido una pizza en la taquilla del cine mientras una pandilla de nostálgicos visionaba una película de Jacques Tourneur.

Retorno al pasado y Berlín Express.. Y de eso hacía ya un par de meses. Había estado nueve semanas recorriendo California en busca del hermano menor pacifista de un prestigioso abogado de Boston cuyas acciones más valiosas correspondían a la industria armamentista. El chico no quiso regresar y yo estuve de acuerdo con él, a fin de cuentas sólo me habían pagado para encontrarlo, no para arrearlo al redil como si la verdad fuese siempre el producto de la cuenta bancaria más

elevada.

Dos meses en California.

Y entonces, de regreso en Nueva York, en cuanto entré en mi apartamento, sonó la campanilla del teléfono y oí la voz medida y áspera del capitán Drubble:

—¿Pete?

—Hola, capitán. Acabo de regresar.

—Lo siento, chico. Bo ha muerto. Tiene un balazo en la nuca. Creí que debía decírtelo.

Colgué el auricular y miré las luces de neón que florecían en la calle como una muestra de la jardinería de consumo; no podía imaginar a Bo muerto; era, de algún modo, el responsable de los mejores trozos de mi memoria.

Bajé al aparcamiento, luché con el frío motor del Plymouth y recorrí parte de Manhattan a media velocidad y procurando reunir los detalles urbanos del trayecto a la idea absurda de la muerte de Bo.

Del asesinato de Bo.

Cuando llegué al Village había dos coches policiales y una ambulancia frente a la característica fachada del cine; una puerta doble, abierta, revestida con carteles de viejas películas plastificadas por el tiempo moderno, un corredor corto con la sala a la derecha y a la izquierda una escalera que llevaba a las plantas superiores. La taquilla era un cuarto estrecho, bajo y oscuro que en tiempos mejores utilizaba el conserje del edificio.

El capitán Drubble me aguardaba en la jamba de la puerta de entrada. Era de estatura mediana, con un cuerpo fuerte y grueso, una calva inmovible en el centro del cráneo, como un golfo de aguas doradas entre arrecifes oscuros, y la expresión de los viejos ju-gadores de fútbol americano, dura, decidida e inteligente.

Nos estrechamos las manos.

—Lo siento, Pete. Sé que vosotros erais amigos.

Asentí mirando hacia la taquilla. Vi la coronilla despeinada de Bo y los mechones grises abiertos como una flor. Tenía la mejilla derecha

apoyada encima de la mesilla donde colocaba la caja con el dinero y los tickets. El lunar se confundía con las pestañas por la apretada posición del pómulo y el rostro; la parte que yo alcanzaba a ver, tenía una expresión de enorme tristeza.

A Bo le entristecía su propia muerte. Era muy de él experimentar ese tipo de experimento ante lo irremediable. Cuando murió Veda, en una madrugada helada de enero, mientras aguardábamos en la morgue a que el forense hiciera la autopsia, innecesaria autopsia, Bo me había mirado muy hondo.

—¿Sabes, Pete? Nunca me he sentido tan triste en toda mi vida.

Y en boca de Bo aquellas palabras y aquella tristeza llegaban al corazón y estallaban allí como una llovizna fría.

Detrás de Bo, colgando de la pared posterior de la taquilla, el reloj indicaba las tres de la madrugada.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté a Drubble.

—Un par de horas todo lo más.

—Ya.

No me decidía a entrar en la sala, tenía la impresión que rompía un tácito sortilegio compartido desde siempre con Bo.

—No tiene un centavo. Le han desvalijado —dijo Drubble.

—Bo nunca tuvo mucho dinero, capitán.

—Ven, Pete. Quiero mostrarte algo.

Recorrimos los pasillos hasta la puerta de la sala y flanqueamos las hileras de butacas desiertas hasta llegar bajo la pantalla.

—¿Conocías esto?

Drubble abrió una portezuela y descendimos hasta llegar a un amplio cuarto que me dejó estupefacto.

Me detuve al pie de la escalera y Drubble permitió que echara un vistazo breve antes de hablar.

—¿Conocías este sitio?

—No —respondí.

Era una estancia amplia, tal vez de cinco metros por ocho, y en el fondo había un cuarto oscuro y prefabricado. Era el estudio de un fotógrafo. Había varias máquinas

fotográficas, una cámara de video en su trípode, un televisor y el equipo de video, dos largas mesas a los costados con todo lo necesario para realizar los trabajos de montaje y en las paredes, como en una exposición pictórica, pude ver los *collages* más hermosos.

Yo conocía la afición de Bo por el cine, su apego a los filmes antiguos, su predilección por ciertas y determinadas películas y su absoluta fidelidad a una casta muy particular de actores y actrices.

—Hay algunos de estos... cuadros —dijo Drubble— que son verdaderamente interesantes.

—Creo que ésta era la vida secreta de Bo. Era el centro de su existencia, su vocación.

¿Sabe qué es todo eso, capitán?

—Tú me lo dirás, chico.

—Es una fábrica de sueños.

Drubble chasqueó la lengua y se metió un cigarrillo entre los labios.

—¿Quieres fumar?

—Sí, gracias —dije, y acepté uno de sus insustituibles Lucky Strike sin filtro, los cigarrillos de Bogart, o algunos de ellos.

—Conque una fábrica de sueños, ¿eh? —comentó el capitán.

—Sí, eso es. Fíjate en esa obra.

Encima de una vieja moviola, pegada con chinche- tas sobre la pared, había lo que parecía el auténtico fotograma de una película de los años treinta o cuarenta. Paul Muni observaba algo que no estaba en el cuadro, ofreciendo su perfil izquierdo a la cámara, y estirando una mano hacia la frente. En el centro del cuadro aparecía Marilyn Monroe sosteniendo la mano de Muni y con un rostro deliciosamente frívolo. Detrás de ambos y como un patriarca que controlara la escena, aparecía el propio Bo Ralphy con expresión contemporizadora, como si pretendiera inculcar un poco de sentido común a Marilyn y, a la

vez, convencer a Muni de que aquella muchacha valía mucho. El fondo del montaje fotográfico era una perspectiva de los muelles y la corriente oscura del Hudson.

Le expliqué a Drubble que Bo había conseguido, en absoluto secreto, y por su propia mano, incorporarse a ese mundo fantástico del cine que amaba, reuniendo a los actores y actrices que deseaba ver juntos, según los dictados de sus preferencias.

Y había docenas de montajes por el estilo, a lo largo y ancho de la estancia.

Mientras observaba todo aquello, olvidé que Bob estaba muerto en la taquilla. Fue Drubble quien me lo recordó.

—¿Quién puede haber matado a un tipo como Ralphy?

—Esa es una buena pregunta, capitán —concedí.

Y entonces, mientras caminaba por el estudio recién descubierto de Bo, vi algo que llamó mi atención. Una polvera de mujer, de metal y con incrustaciones que simulaban piedras preciosas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Drubble.

—No lo sé, pero esta polvera está de más en un sitio como éste.

—¿Por qué?

—Yo ayudé a Bo a deshacerse de todo lo que era de Veda hace años. «No deseo recordarla en sus objetos», me dijo textualmente. Esta polvera..., ¡Un momento!

Me incliné y hallé algo más, una cartulina arrollada y sujeta con una banda elástica. La

extendí sobre la mesa y sentí un sollozo trepándome el cuerpo desde un desconocido hueco de mi memoria.

Eché un vistazo a mi alrededor y hallé el lugar exacto en el que Bo había estado trabajando en la obra que sostenía entre mis manos. Fui hasta ese sector de la larga mesa y me senté en una silla de madera.

Drubble seguía todos mis movimientos sin decir una palabra.

Extendí una cartulina y la fijé con chinchetas.

Se trataba del montaje de la última obra de Bo. En el centro había una fotografía de un Chevrolet sedán modelo del año 1951, con los cromados relucientes y aparcado junto al bordillo. Bo, impecablemente vestido con un traje gris y sombrero en la mano izquierda, abría la portezuela a una mujer espléndida, elegantemente vestida para dar un paseo. La mujer era Veda, o al menos tenía su rostro. El cuerpo seguramente correspondía a otra mujer, una mujer mucho más joven. Se veía una perspectiva de la calle y creí reconocer en ella un rincón de Brooklyn, pero no estaba muy seguro. El resto de la composición permanecía en blanco.

Bob había dejado inconclusa su última obra.

—Lo han matado aquí abajo, ¿verdad, Drubble?

—Así lo creemos. Estaba aguardando tu observación.

—¿Por qué?

—Hay más de un porqué en este caso, Pete.

—Alguien mató a Bob desde atrás, con un disparo en la nuca, aquí, en el laboratorio, y se tomó el trabajo de llevarlo hasta la taquilla. Luego le quitó los pocos dólares que llevaría encima y se largó. Es absurdo.

—No, no lo es. Supongamos que yo no te conociera a ti y tú no fueses amigo de Ralphy.

Sería un crimen de los cientos de crímenes que se cometen en Nueva York. Un cretino que atraca a un anciano para robarle el producto de la venta de entradas. ¿Quién era Bob? ¿Tenía familia? ¿Dejaba una gigantesca herencia? ¿Estaba mezclado con alguna pandilla? ¿Drogas, prostitución, reducidor de joyas robadas? No, nada de eso, chico. Si tú y yo no le conociéramos de nada, este caso se cerraría en un par de semanas.

Buscaríamos al asesino, pero a menos que surgiera alguna pista rápida y sólida, no auguraría éxito. ¿Sabes cuántos asesinatos se cometen por hora?

—Déjate de estadísticas, Bo ha muerto asesinado —le corté y mi voz no me pareció conocida.

—Escucha, Pete. Te he llamado personalmente y te he dicho cuanto sé de este asunto...

—¿Pero...?

—Mantente al margen. ¿De acuerdo?

—Tú no me has llamado para que me mantenga al margen, Drubble.

Encendió un nuevo cigarrillo y lanzó el humo hacia el rostro absorto de Veda.

—Está bien. Haz lo que quieras, pero no nos compliques la vida.

—Este es un caso particular, muy particular. ¿Puedo quedarme con esta obra a medio terminar?

—Sí, puedes hacerlo.

—¿Y la polvera?

—Llévatela, no tiene huellas digitales. Los chicos de identificación estuvieron aquí.

Fuimos hasta la escalerilla y Drubble me precedió. Antes de salir observé la estancia.

Reflectores, sombrillas de reflejo, pantallas de colores, percheros con trajes masculinos y femeninos pasados de moda, una cama baja, de dos plazas, apoyada verticalmente contra el cuarto oscuro prefabricado..., sí, una verdadera fábrica de sueños. Los sueños tristes de mi amigo Bo Ralph.

Volví a enrollar la obra póstuma y metí la polvera en el bolsillo de la gabardina.

Deseaba irme de allí, abandonar aquel mausoleo, la sala cinematográfica a la que ya no volvería nunca, y echar un vistazo al apartamento de Bo.

—¿Habéis hallado algo importante en el apartamento? —pregunté a Drubble.

—Nada. Nada en absoluto. Un apartamento pulcro y pequeño —replicó el capitán, y luego, deteniéndose, dándome la espalda, añadió—: Sí, ya sé lo que vas a pedirme, que te permita dar un paseo por el apartamento. ¿Me equivoco?

—No.

—Bien, puedes hacerlo.

—Gracias, Bud.

—Siempre que me llamas Bud me veo metido en problemas —dijo con una media sonrisa, y su rostro poderoso se convirtió en la imagen de un cachorro afable.

Es algo que suele ocurrir a los individuos con aspecto duro y facciones cortadas a hachazos. Cuando sonrían producen ganas de agradecerles un gesto tan tierno.

Cuando llegábamos al portal dos camilleros transportaban el cuerpo de Bo hasta la ambulancia. Me acerqué a ellos y levanté el extremo de la sábana que lo cubría.

Continuaba sonriendo, ya no parecía triste y mucho menos un anciano travieso. Era sólo un cadáver. Lo que quedaba de Bo Ralphy ya no estaba allí, en ese trozo de carne que se enfriaba con rapidez.

Lo cubrí nuevamente y me volví hacia Drubble.

—Tú sabes que estoy acostumbrado a ver tipos muertos, Bud. A veces me pregunto por qué diablos tienen que morir los mejores. Ya sé que es una pregunta estúpida, que no tiene respuesta, pero me sirve para darme ánimos. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Voy a cazar al que lo hizo, amigo.

—Cuando des con él, siempre que nos llesves la delantera, espero que me llames por teléfono y te desentiendas del asunto. No quiero venganza en mis distrito. ¿Has comprendido?

—Drubble, amigo mío, no se trata de una venganza, es sólo una necesidad personal de averiguar de una maldita vez por qué diablos mueren siempre los mejores.

—No mueren siempre los mejores, hijo. Lo que ocurre es que la muerte de los malos bichos no duele.

Me alejé por la calle fría, dando la espalda a Drubble. Tal vez tuviera razón. Tal vez lo único importante era beber un par de copas, abrir un par de piernas y ganar un par de dólares. No estaba seguro de esta filosofía, pero necesitaba el par de copas.

Cuando entré en el bar el barman dormitaba sobre la barra y un borracho de aspecto elegante miraba espeluznado el gollete de la botella vacía como si fuese la única explicación de su vida quebrada.

—Un whisky doble —pedí, y el barman no tuvo otra alternativa que despertar de su

sueño y dirigirme una mirada hueca.

CAPITULO II

El apartamento de Bo reflejaba su propia personalidad; era austero, ordenado y poco comunicativo de la intimidad de su propietario. La extraversion de mi viejo amigo se había manifestado en nuestras charlas y, desde aquella madrugada, en su fábrica privada de sueños.

No hallé nada que me sirviera para iniciar una investigación, ninguna agenda, ninguna fotografía, ningún detalle exuberante que me llevara directamente a la guarida de su asesino.

Cuando salí del edificio ya eran las seis de la mañana y todo lo que había ingerido desde mi partida de Los Angeles era el whisky doble en el bar del camarero somnoliento. No tenía hambre, pero el erizo que siempre llevo en el estómago comenzó a bailar el maracatú y entré en una cafetería.

—No parece en forma esta mañana —me dijo una camarera de cabellos desteñidos, sonrisa estereotipada y pantorrillas de bailarina sin esperanzas.

—Tendrá que verme mañana y recordará mi imagen de hoy como la de un diplomático inglés con árbol genealógico.

La dama sonrió desde las arrugas de su veteranía. Trataba de mostrarse amable y se lo agradecí.

Regresé a mi apartamento con esa sensación pegajosa que dejan las noches en vela, sobre todo cuando son madrugadas amargas.

Dejé la gabardina en una percha y me desvestí con el cerebro en blanco, harto de darle vueltas a aquel asesinato absurdo. Me quedé solamente en calzoncillos y camino del cuarto de baño presioné el botón del contestador automático.

La voz que brotó inmediatamente me petrificó.

Era Bo.

«Querido muchacho, sé que estás de viaje pero necesito verte. Nada serio, pero tú sabes que soy un viejo incapaz y que hay cosas de nuestro mundo moderno que desprecio. Por ejemplo, la cuenta de la electricidad. Sí, no te sonrías. Hace cuatro meses que pago cien dólares mensuales más de lo previsto. ¿Podrás ayudarme? Lamento no

poder ofrecerte un caso digno de tu talento, pero los amigos estamos para eso, para fastidiar al prójimo. Un abrazo grande, hijo. ¡Ah! Mi nombre es Bo. Je, je...»

Apagué el contestador, me senté en un sillón y cogí la botella de whisky. Me serví un trago largo como la serpiente que me recorría las tripas y dejé que el eco de la voz de Bo se diluyera con los primeros rayos del sol del invierno.

—La cuenta de la electricidad... —repetí y entonces recordé algo que había visto en el apartamento de Bo.

Necesitaba una idea, cualquier idea. Y por el momento la que tenía me resultaba suficiente.

Me metí en el cuarto de baño, me duché y rasuré, y busqué una camisa limpia. Me vestí de prisa con un traje abrigado y provisto de la gabardina salí nuevamente a la calle. En esta ocasión el Plymouth reaccionó como un semental en día de primavera y llegué en poco más de diez minutos al edificio donde había vivido Bo. Un policía me abrió la puerta

y fui directamente a la mesa de la cocina. Abrí el cajón y allí estaba lo que había visto sin darle importancia hacía un par de horas. Conté ocho recibos de la compañía de electricidad, correspondientes a los últimos ocho meses. Los dos primeros presentaban un gasto semejante, pero el resto, tal como Bo me había dejado grabado, evidenciaban cien dólares de exceso en cada uno.

Para un individuo ordenado y austero, cien dólares de más y sin causa aparente que lo justificase resulta demasiado dinero. Junto a los recibos había también una carta de la compañía de electricidad en la cual informaban al señor Ralphy que tras una minuciosa inspección los técnicos confirmaban el gasto de electricidad y, por ende, la suma de todos y cada uno de los recibos.

Me puse todo el papelerío en un bolsillo y me largué.

Cuando pasé junto al policía que custodiaba el apartamento, el hombre me detuvo.

—Yo conocía al viejo —dijo el policía—, era un tipo estupendo. Venía al cine siempre que podía. Me gustaba su programación. Lo siento, de verdad que lo siento mucho, señor Logan.

—Gracias, muchacho.

No podía tener más de veinticinco años y, sin embargo, pertenecía también a la secta de los adoradores del filme en blanco y negro. Si no hubiese estado de servicio le hubiese invitado a emborracharse conmigo.

Encontré al viejo Luke en la portería. Parecía más viejo, más fatigado y más borracho que de costumbre. Era un personaje pintoresco que quería entrañablemente a Bo.

—Lo siento mucho, Pete. Me dejó esto para ti en caso de que le ocurriera algo.

Me alargó un sobre de papel manila en su mano temblorosa.

—¿Bo temía algo?

El viejo se sonrió.

—Nosotros —dijo, reflexivamente, y sus pupilas se ocultaron tras una bruma pálida—, siempre tememos que nos ocurra algo. Tengo setenta y dos años, Pete. Y Bo era mayor que yo. ¿Comprendes?

Cogí el sobre de su mano y me sentí avergonzado. El viejo Luke regresó a su madriguera y yo salí nuevamente a la calle.

Nunca había pensado en Bo como en un anciano. Me dirigía a él como el viejo Bo, pero en mi interior continuaba siendo el individuo de cincuenta abriles de la primera vez que le vi.

Experimenté un odio feroz por el bastardo que le había dado muerte de aquella forma.

Por la espalda, un único disparo en la nuca... era obsceno.

Subí al Plymouth y conduje hasta mi oficina. Aparqué en mi plaza subterránea y cogí el ascensor hasta la décima planta.

Mi oficina es un cuarto de veinticinco metros cuadrados con un cuarto de baño, una pequeña cocina dentro de un placard, una ventana gigante abierta a la calle Lafayette y repleta de muebles antiguos, lámparas barrocas, sillones de estilo y cuadros de mi padre.

—Esto es todo cuanto te dejaré cuando yo muera, Peter —había dicho mi padre cuando yo tenía quince años, hacía ya veinticinco, y cumplió su palabra. No toqué su decoración, me ayudaba a conservar su presencia burlona e inteligente a mi lado. Fue mi mejor amigo y se

murió injustamente cuando yo estaba en Vietnam.

Me senté detrás de la enorme mesa del escritorio y me pregunté quién diablos era el que birlaba electricidad a Bo y para qué lo hacía. Los vecinos del edificio donde Bo tenía su pequeño cine eran amigos de hacía muchos años, décadas tal vez, y entraban gratis a la sala siempre que lo deseaban. No podía imaginarme a nadie tan cretino como para traicionar de aquel modo miserable la confianza del viejo Bo.

Estaba buscando una explicación plausible cuando sonó la campanilla del teléfono.

—Soy Logan.

—Pete, aquí Drubble.

—Dime.

—Ya se ha efectuado la autopsia.

—¿Y bien?

—Ninguna novedad.

—Entiendo.

—El disparo le destrozó el cerebro.

—Ya.

—¿Y tú? ¿Tienes algo?

No pensaba decirle nada que no hubiese investigado yo primero, de modo que no le hablé de los recibos ni de la carta.

—No, nada. Te llamaré si se me ocurre alguna cosa. ¿De acuerdo?

—Hazlo, muchacho.

Y cortó la comunicación.

Abrí el sobre sin prisas porque sabía lo que había dentro. Bo había amenazado en varias oportunidades con nombrarme su heredero, sólo que yo jamás le había tomado en serio.

No porque no le creyera capaz de hacerlo, sino porque jamás pensé que él se moriría.

Extraje un papel y leí: «Pete, has sido un hijo para mí, de modo que ponte en contacto con el señor Mallon, él es mi abogado y te dirá lo que has de hacer. No estés triste por mí, hijo. Desde que Veda murió sólo me muevo por reflejo. ¡Salud! Bo Ralphy.»

Busqué el número de teléfono de Mallon en el listín y le llamé.

Una secretaria de voz sensual me pidió por favor que aguardara un minuto y exactamente un minuto después se puso el abogado al aparato.

—Lamento conocerle en estas circunstancias, señor Logan.

—Yo también —repuse.

—Tengo el testamento del señor Ralphy.

—¿Sólo el testamento?

—Me temo que no le comprendo, señor Logan.

—No me interprete mal, abogado. No estoy interesado en el testamento, sólo deseaba saber si había dejado en sus manos algún mensaje para mí, algo que...

—Sí, le comprendo muy bien. Y lamento decepcionarle, pero no tengo más que el texto escueto del testamento. Con excepción de cinco mil dólares que deja al señor Luke Johnson, el resto, es decir el apartamento y unos veinte mil dólares en efectivo es para usted señor Logan.

—Gracias, señor Mallon. Puede entregar la suma al señor Johnson. Yo pasaré por su despacho cualquier día.

—De acuerdo.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Logan.

El viejo portero, Luke Johnson, se sentiría encantado con cinco mil dólares convertibles en whisky.

Encendí un cigarrillo y me dispuse a dejar transcurrir la mañana en busca de una idea.

Podía interrogar a la mujer de la limpieza de la sala cinematográfica y

también a los vecinos del edificio en busca de algún dato significativo. Pero ése era un trabajo que no me exigía demasiada prisa; entre otras cosas, porque la policía se encargaría de él y tal vez Drubble se aviniera a transmitirme los resultados.

No, lo que yo buscaba era una explicación lógica de la muerte de Bo y estaba persuadido de que había una cierta relación entre aquellas insólitas facturas de la electricidad y su asesinato. ¿Por qué lo estaba? Seguramente porque los dos hechos pertenecían a la clase de los acontecimientos extraños en el contexto existencial de Ralphy.

Aplastaba el cigarrillo cuando sonó el teléfono.

—Logan.

—¿Peter Logan?

—Ese soy yo.

—¿Está usted solo, señor Logan?

Era una voz de mujer y parecía angustiada.

—Sí, lo estoy.

—¿Puedo subir a verle?

—¿Qué le ocurre?

—Yo... se lo explicaré en un minuto si me permite subir a su despacho. Estoy en un teléfono público a una manzana de... —se interrumpió apremiada por algo o alguien que yo desconocía—. Subo en seguida —añadió y cortó la comunicación.

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué mi 38 Special. Comprobé la carga y lo dejé al alcance de mi mano, debajo de un viejo periódico.

Cinco minutos más tarde alguien llamó a la puerta. Había transcurrido demasiado tiempo para cubrir una distancia de una manzana.

Quitó el pasador y abrí.

Mi primera impresión resultó inquietante. Era una mujer hermosa, elegantemente vestida y con un gesto contraído en el rostro.

—Adelante —dije y se apresuró a entrar en mi despacho.

—Por favor..., cierre la puerta con llave.

Obedecí más sorprendido por su excitación que presionado por su evidente temor.

Vestía un abrigo de piel de cinco mil dólares, un traje de falda y chaqueta en tono beige que firmaba, con seguridad, un modista de la Rué Rivoli. Las botas eran altas, suaves y caras. Un pañuelo verde musgo protegía su cuello del rigor del invierno, sostenido a las solapas de la chaqueta con un prendedor de oro macizo y diseño modernista. El cabello muy oscuro caía en suaves ondas sobre sus hombros y brillaba con particular intensidad.

Me gustan los cabellos brillantes.

Los ojos eran grandes y parecían observarlo todo sin percibir nada concreto. Se mordía el labio inferior con unos dientes grandes y perfectos y respiraba con agitación.

La cogí por el codo y la guié hasta un tresillo tapizado en pana dorada, donde mi padre

solía lidiar con sus marchantes.

—Tranquilícese, mientras esté aquí me gustaría que se sintiese segura. ¿Una copa?

—No... bueno sí, whisky por favor.

Las botellas estaban dentro de un bargueño oscuro, en el extremo del despacho y me dirigí hasta allí para darle tiempo a tomar nota del sitio en que se hallaba. En general, mis clientes se sorprenden cuando entran por vez primera a semejante decoración.

Serví dos porciones de whisky y regresé junto a la mujer.

Estaba sentada en el borde de su butaca, con las piernas juntas y el cuerpo inclinado hacia adelante. Procuraba tranquilizarse pero su posición corporal era todavía defensiva.

Le entregué la copa y me senté frente a ella.

Sonrió brevemente, como si por fin tomara conciencia del sitio en que se encontraba y sintiera algo de pudor por su comportamiento anterior.

—Beba un trago, no se sentirá mucho mejor pero comprobará que el

whisky es bueno

—dije.

Volvió a sonreír y suspiró. Su cuerpo se relajó por completo y pensé que iba a echarse a llorar. Pero no lo hizo, se inclinó hacia atrás y apoyó los hombros en el respaldo del sillón.

Era verdaderamente hermosa.

—¿Un cigarrillo?

Asintió incorporándose hacia mí y cogió el pitillo que le ofrecía. Lo encendí y ella me cogió la mano. Su mirada y la mía lucharon durante una facción de segundo en la tierra de nadie de las fantasías y ella regresó a su posición relajada.

—Mi nombre es Alisha Moon —dijo.

—¿Debo sentirme encantado de conocerla?

—¿Realmente es usted investigador privado?

—Sí, lo sé. No esperaba semejante decoración, ¿verdad?

—No, yo...

—La comprendo muy bien. Sé lo que esperaba. Una habitación impersonal con ficheros de metal, un escritorio desvencijado, polvo flotando en el aire y un ligero olor a alcohol rancio. Hasta es posible que hubiese un gato vagabundo maullando en el alféizar. ¿Decepcionada?

Esta vez lanzó una pequeña carcajada.

—Me lo merezco —dijo—, soy una mujer llena de tópicos.

—Es natural. En realidad este reducto es una herencia de mi padre. Era pintor.

—¿Son suyos los cuadros?

—Todos sin excepción.

—Son muy buenos.

—Lo sé.

Aspiró de su cigarrillo y recorrió las telas de Logan padre durante varios minutos. Parecía haberse olvidado de sus problemas. En realidad, aquella decoración me había ayudado mucho. Era un paisaje interior pleno de estímulos bellos, ideal para las almas torturadas.

Jugó un instante con su copa antes de decidirse a hablar de lo que la había traído hasta mi despacho.

—Tengo un problema muy serio —dijo por fin y tragó el resto de whisky.

Se inclinó hacia mí y regresó a la posición tensa y defensiva que había asumido en un

principio.

—Dígame, ¿cómo llegó hasta mí? —pregunté para ayudarla a escapar de su propio silencio.

—Oí hablar de usted al capitán Drubble durante una fiesta benéfica. En esa época le hice muchas preguntas porque me resulta interesante la profesión de detective privado.

Ya sabe..., se cuentan muchas historias.

—Sí, lo sé. De modo que el bueno de Bud anda por el mundo cantándome loas. Tendré que invitarle a cenar.

Repentinamente ella apretó los labios y ahogó un sollozo.

Cogí la copa de entre sus dedos nerviosos y la llené con una generosa ración de licor. Le entregué otro cigarrillo, se lo encendí y luego levanté el rostro que procuraba ocultar en su pecho.

—Escúcheme bien y no me interrumpa. Sea lo que sea lo que la tiene tan preocupada es algo estrictamente humano. Sé que no es nada nuevo lo que le digo, pero usted está viva y ha tomado la decisión de luchar contra lo que la perturba. Todavía no sé si aceptaré el trabajo que ha venido a ofrecerme, pero puede confiar en mí. Hace quince años que estoy en este oficio y he visto demasiado. ¿Entiende lo que quiero decir? Es posible que para usted resulte algo dramático, vergonzoso, demencial o, simplemente, insoportable.

Para mí, no obstante, será un hecho más en este universo poco propicio en el que nos toca desayunar.

—Tiene razón y siento el espectáculo. Me costó mucho tiempo decidirme.

Bebió un sorbo de whisky, inhaló una poderosa nube de humo y abrió muy grandes sus ojos verdes. Luego introdujo la mano en su cartera y extrajo un sobre. Lo miró durante un instante y luego me lo entregó.

Yo lo abrí y observé durante un largo minuto la fotografía. Era una fotografía pornográfica en la que Alisha Moon protagonizaba una escena dura con un musculoso semental de piel morena. Ella parecía fascinada por lo que estaba ocurriéndole y el moreno sólo cumplía con su papel.

Pero no fue el cuerpo espectacular de Alisha, ni su rostro arrebolado lo que llamó mi atención. Sino un objeto que había en la mesilla de noche, junto a la cama de los amantes lúbricos. Una polvera exactamente igual a la que llevaba en el bolsillo de mi gabardina.

—Es una mala copia —dije.

Ella respiró profundamente y lanzó el aire como si temiera perderlo definitivamente.

—Horrible, ¿verdad? —dijo, mirándome a los ojos.

—Eso depende, señorita Moon.

Pestañeó con asombro y abrió ligeramente los labios, como si fuese a disparar una pregunta que finalmente ahogó en su garganta.

Volví a observar la fotografía.

Alisha estaba desnuda y abierta sobre una cama de sábanas inmensamente blancas. El negro portentoso parecía un animal excitado, cubierto de sudor y con su musculatura en tensión por el goce. No había penetración en la instantánea, aunque podría haber ocurrido antes o después, sólo el juego de la piel contra la piel en el crescendo del placer.

El resto del recinto permanecía totalmente oscuro. Y había dos detalles claros: el primero era el rostro de párpados cerrados y expresión ausente de Alisha. El segundo detalle era el

gesto neutro del negro, en contradicción con el aparente esfuerzo a que sometía a su cuerpo de fisicoculturista.

—Chantaje, ¿verdad? —pregunté.

Asintió en silencio.

—¿Cómo ocurrió?

—Ese es el misterio —dijo con una ingenuidad arrebatadora—. No recuerdo cuándo ni cómo pudo haber ocurrido.

Esta vez fue mi turno de sorprenderme.

CAPITULO III

No tenía el aspecto de una mujer con doble personalidad o, al menos, yo no deseaba que Alisha Moon padeciera un trastorno psíquico inquietante. Me gustaba y me sentí complacido por su paradójica ingenuidad al entregarme la fotografía.

—¿Cuándo recibió la fotografía?

—Hace seis meses.

—¿Qué ocurrió luego?

—Me entrevisté con un hombre y le entregué diez mil dólares.

—¿Recibió el negativo?

—Sí. Pero...

—Había otros, ¿verdad?

—En efecto. Pagué durante los siguientes tres meses. Diez mil dólares en cada oportunidad.

—¿Por qué pagó?

Sonrió brevemente.

—Porque mi marido es Claude Challong.

—Entiendo.

Claude Challong era un personaje del jet-set neoyorquino e internacional. Playboy de sienes pálidas y mirada astuta, torso atlético y multitud de tarjetas de crédito. Su negocio era el turismo y sus amigos se contaban a decenas entre los políticos y las gentes que brillan desde las portadas de las revistas dedicadas al espectáculo.

Se había casado hacía un par de años con la deslumbrante señora Moon y parecía haber sentado cabeza. Desde entonces no se le vinculaba a las *starlets* de moda.

Inmediatamente relacioné a aquella hermosa mujer con esas fotografías que solía ver a vuelo de pájaro cuando pasaba por la barbería de Giacomo. Era allí donde actualizaba mis conocimientos

del mundo de la frivolidad.

—¿Por qué viene ahora a verme si aparentemente el chantajista se ha olvidado de usted?

—Esa fotografía me llegó hace dos semanas.

—¿Cuánto?

—Cinco mil.

—¿Los pagó?

—Sí.

—¿Con el mismo sistema anterior?

—No. En esta ocasión debí dejar un sobre con el dinero en un bar de Nueva Jersey.

—¿Qué opina? Supongo que ha pensado en algo.

—No se equivoca —admitió—. Creo que... alguien más está metido en este asunto.

—¿Alguien más?

—No tengo ninguna prueba. Pero este nuevo... chantajista no tiene la profesionalidad del anterior.

—¿Las fotografías son las mismas?

—Sí. Al menos, yo no percibo la diferencia.

—Está bien. Olvide ahora la cuestión del chantaje y procure recordar: ¿qué ocurrió en el último año?, ¿qué vida ha llevado?, ¿qué sitios ha frecuentado?

Meneó la cabeza y su cabellera se agitó de un modo encantador. El gesto era similar al de un pacifista enfrentado a la carrera armamentista. Un gesto de total impotencia y, a la vez, de resistencia moral ante el desafío.

—¿Cómo puedo hacerlo? ¿Sabe usted en qué consiste mi vida?

—Hace un momento, cuando mencionó el nombre de su marido, recordé algunos episodios. Sí, supongo que debe ser difícil hacer una

estadística de los sitios que ha visitado, pero puedo ayudarle. Piense en algún sitio de Nueva York o próximo a la ciudad.

Un lugar propicio para que no extrañe a nadie la desaparición de una persona durante algunas horas. ¿Sigue mi idea?

Sus pupilas perdieron el brillo de la confusión y asumieron una cierta nota esperanzadora.

—Tal vez... pueda conseguirlo —admitió.

—¿Tiene que regresar a casa? —pregunté, apartándola del hilo de sus reflexiones.

—¿Por qué?

—Yo he preguntado primero.

Sonrió.

—No, no necesariamente.

—Bien. Acompañeme a comer algo. He tenido una noche agitada y estoy hambriento. El desayuno no ha conseguido aplacar al erizo que llevo en el estómago.

La tensión de sus músculos volvió a agitarla y su cuerpo se envaró como un junco joven dispuesto a soportar el huracán.

—¿Es..., es necesario?

—Me temo que no le comprendo.

Le comprendía muy bien, pero ella necesitaba plantear sus temores en voz alta para comenzar con el exorcismo.

—Tengo miedo. No deseo que me vean, que sepan que he venido a verle. Me advirtieron.

—¿Advirtieron?

—Bueno, sólo traté con uno solo, siempre el mismo. Telefónicamente, pero... tal vez no actúe en solitario.

—¿Por qué lo piensa?

—Dijo que si cometía alguna tontería acabarían conmigo y con mi

marido.

—¿Un farol?

—No lo creo, pero aunque lo fuese, no estoy dispuesta a arriesgar la reputación de...

Claude.

Creí percibir una nota de desprecio en su voz.

—¿Qué haría su marido si se enterara?

Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Ignoro cómo reaccionaría. Es muy violento y...

—¿Divorcio?

—Jamás me perdonaría la humillación —dijo gravemente.

—Podría explicarle cómo ocurrió —sugerí—, explicarle que estaba usted drogada.

—¿Drogada?

Esta vez le dediqué una sonrisa pretenciosa. ¿Qué esperaba de mí?

—Escuche, si no estaba drogada..., ¿cómo diablos podría olvidar algo tan... impactante como una sesión cuerpo a cuerpo con semejante espécimen?

Se puso de pie con expresión herida y comenzó a sollozar. Me miró fieramente entre las lágrimas y se precipitó hacia la puerta. Forcejeó con el picaporte, pero no pudo abrirla.

Ella misma me había rogado que cerrara con llave.

Finalmente se dio la vuelta, apoyó la espalda contra la puerta y lloró desconsoladamente.

Según mi criterio, es necesario descargar las emociones superficiales que impiden llegar al meollo de la cuestión.

Me acerqué a Alisha, la cogí por los hombros y la estreché en mi pecho. Al principio se resistió, como en un último coletazo de su estado de nervios, de su sensación de impotencia, de su fragilidad, y,

por último, aceptó el hombro que le ofrecía para llorar.

—¿Por qué? —preguntó—, ¿por qué a mí?

—Porque tienes dinero —le dije olvidándome de los tratamientos ceremoniosos. A fin de cuentas, era una chiquilla asustada en presencia del liberador de los llantos contenidos.

—Ya no tengo más dinero. Lo he vendido todo, he agotado mi cuenta bancaria y...

—Y qué dirá tu marido cuando se entere.

—Fruncirá el ceño y me dirá que estoy loca. He tenido mi propio dinero en una cuenta personal. Claude no se inmiscuye en mis cosas. Sólo me pregunta, de vez en vez, si necesito algo. En ese sentido es un caballero.

—¿Y en qué sentido no lo es?

Se zafó de mi abrazo y regresó al sofá.

—Tenemos vidas separadas —admitió—. No me gustaría que se ventilara.

—¿Confías en mí?

—Sí. Además, no tengo otro sitio al que recurrir.

—Podrías hablar con la policía. El capitán Drubble es un buen sujeto.

—Debes estar loco —dijo, aceptando mi propuesta de tutearnos.

—¿Por qué?

—Porque Claude se enteraría inmediatamente. Tiene amigos en todas partes.

—Sí, eso supongo. ¿Vamos a comer?

—¿Cree que me han seguido? —preguntó y el tratamiento ceremonioso que empleó fue un intento de devolverme a mi condición de detective-sostén, la ciudadela respetable que la protegería de la horda de los hunos.

—Ojalá lo hayan hecho, Alisha. De ese modo daría con el responsable del tinglado.

—Está bien. Iremos a comer. ¿Acepta el trabajo?

—Mil dólares a cuenta. Son trescientos por días más gastos. Te entregaré un detalle completo de cada movimiento que deba pagar con tu dinero.

—Abrió el bolso y separó diez billetes de cien dólares de un fajo grueso.

Cogí los mil pavos y los metí en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Y en ese instante sonó el teléfono. Parecía el único artefacto con vida propia en las últimas 48 horas.

—Aquí Logan.

—Tengo entendido que es usted un tipo listo, detective —dijo una voz pausada y

desagradable.

—Todavía no tengo club de admiradores. ¿Quién habla?

—Si es listo dirá que no a la señora Alisha Moon.

—¿Quién eres tú, muñeco? ¿El fotógrafo de la bragueta abierta?

Y corté la comunicación.

—¿Quién era?

—Vamos progresando. No temas. Si está asustado no es tan importante.

—¿Quién era? —repitió, cogiéndose de las solapas de mi chaqueta.

—Alguien que no desea que trabaje para ti. Sí, te han seguido.

—¿Y ahora?

—Ahora iremos a comer.

Salimos al pasillo.

—Aguarda un instante. Regreso en seguida. Puedes llamar al ascensor.

Entré en mi despacho, me quité la chaqueta y me calcé la pistolera con el 38. Volví a vestirme y me reuní con Alisha ante las puertas

abiertas del ascensor.

—¿Por qué regresaste?

—Puse en funcionamiento el contestador automático —mentí.

A cien metros estaba el restaurante de Lee. Durante el trayecto procuré que Alisha se distrajera y no mirara hacia todos los lados en busca del Vampiro de Dusseldorf.

Comimos poco y sólo bebimos una pequeña jarra de vino. Lee me sonrió desde su ventana de la cocina, exhibiendo su nuevo peluquín postizo de quinientos dólares.

—Estuvo un mes ausente —expliqué a la muchacha, señalando a Lee —, hasta que le pusieron ese peluquín. Regresó con una sonrisa satisfecha y la frente alta. Parecía otro hombre. Es extraño lo que puede hacer el narcisismo en un ser humano.

—Convertirlo en un individuo sin complejos o en un esclavo de la cosmética —añadió Alisha, intentando salir de la telaraña en la que estaba atrapada.

Estaba llevándose un trozo de bistec a la boca cuando interrumpió su gesto y me miró de un modo inquietante. Sabía que no había nadie detrás mío porque siempre me siento de espaldas a una pared, pero confieso que estuve a punto de darme la vuelta en busca del *hombre atraviesaparedes*.

—¿Qué te ocurre? —pregunté.

—Lo he recordado —dijo.

—Estupendo. ¿De qué se trata?

—Cuando dijiste lo de la droga, y ahora, al ver a ese hombre...

—¿Lee?

—Sí. He asociado la droga con el tratamiento de belleza, en fin, ya me entiendes, y entonces...

—Dime, no te detengas ahora —le apuré.

—Bien, hace unos siete... o tal vez ocho meses, fui con una amiga a uno de esos centros de belleza integral. Estuvimos allí cuatro días. Y luego regresamos. Ya sabes cómo es el negocio... una revisión médica

completa, gimnasia por la mañana, natación, *jogging*, sauna, terapia grupal, comidas austeras y tratamientos de relajación.

—¿Crees que pudo ser allí?

—Sí, no tiene otra explicación. Lo había olvidado por completo. Era la primera vez que

iba a un centro como aquél y lo hice ante la insistencia de una amiga.

—Termina de comer. Luego hablaremos.

Cuando el camarero trajo el café, saqué la polvera del bolsillo de la gabardina y la puse encima de la mesa, junto a la taza de Alisha.

—¡Santo Dios!

—¿La reconoces?

—Es una caja de polvos del tipo que hay en... —e hizo el ademán de buscar la fotografía en su bolso.

—No hace falta que la compares con la de la fotografía. Es la misma.

—¿De dónde la has sacado?

—Estaba en el sitio en que asesinaron a un amigo. ¿Tú crees en las casualidades?

—¡Es increíble!

—Tal vez no lo sea, Alisha.

Repentinamente pareció conmoverse y sus labios temblaron perceptiblemente.

—Escúchame, por favor, no creerás que yo tengo algo que ver en este sucio asunto,

¿verdad?

—¿Crees que tengo algún motivo para creerlo? —repliqué, sólo por maldad.

Encendió un cigarrillo y aspiró con fruición el humo. En ese momento alguien puso una grabación de Janis Joplin en el pasadiscos electrónico y su particular tono desgarrado arrancó con *Summertime*.

Tal vez yo me estaba poniendo sensible o quizá el rostro de Alisha y la voz de la Joplin se unieron en el momento exacto para que mi conciencia se abriera como una almeja, no lo sé, pero le creí. Creí a pie juntillas todo cuanto me había dicho, incluida la historia de que ignoraba cuándo y cómo le habían tomado las fotografías.

Pagué la cuenta.

—¿Puedo invitarte? —preguntó.

—Ya lo has hecho. La comida está incluida entre mis gastos. ¿Lo habías olvidado?

—Creí que me habías invitado.

—Y lo he hecho.

—Como una cliente —añadió secamente.

Salimos a la calle y detuve un taxi.

—Ve directamente a tu casa y procura no hablar con nadie. También sería conveniente que buscaras un buen pretexto para eludir los compromisos sociales de tu marido.

—Te llamaré mañana. ¿A las diez?

—De acuerdo.

El taxi se alejó con precaución. Había comenzado a caer una fina nevada algodonosa que convertiría las calles en un espejo de patinaje.

Caminé en dirección a mi oficina sumido en varias reflexiones imposibles de combinar. Al menos todavía. Encendí un cigarrillo y observé la fachada del edificio al que me dirigía.

Por un momento pensé que allí encontraría a mi viejo, absorto en alguna de sus telas y con una copa dispuesta para mí.

Le echaba de menos.

Encendí un cigarrillo y comencé a cruzar la calzada.

Pensaba en mi padre, en Alisha Moon, en el viejo Bo y en la maldita profesión que había

elegido. Estaba atrapado en una red tejida con hilos muy diferentes

entre sí, pero que parecían converger en aquella telaraña precisa y sangrienta.

Fue en ese instante, al llegar al centro de la calzada, cuando me volví hacia la izquierda y vi el coche que se abalanzaba sobre mí. Era un sedán negro y derrapaba sobre la nieve blanda agobiado por la abrupta aceleración que le había imprimido el tipo que deseaba atropellarme.

Siempre tuve buenos reflejos, la prueba de ello es que continué con vida. Salté hacia adelante, me encaramé en el capó de un Buick aparcado junto al bordillo opuesto, y rodé sobre él para caer en la acera, a salvo de la embestida del sedán.

Caí de pie y procuré recordar la matrícula del vehículo que se alejaba rápidamente.

Estaba cubierta con nieve dura, pero el coche era un Lincoln Continental difícil de olvidar.

Una mujer gorda, vestida con un raído tapado de piel de nutria y sosteniendo un perro de aguas entre sus brazos cortos me miró con los ojos muy abiertos.

—Han querido matarle —dijo con una voz aflautada que estuvo a punto de cortarme la respiración.

—Es mi mujer —dije con seriedad—, busca el modo de cobrar mi seguro de vida. La última vez puso una tarántula entre mis calzoncillos.

Me alejé satisfecho. Alguien había deseado advertirme que la sugerencia para que abandonara el caso de Alisha Moon no era un farol.

CAPITULO IV

El Plymouth me llevó hasta el bar donde Alisha había dejado los cinco mil dólares al chantajista. El local era amplio y estaba repleto de bebedores consuetudinarios. Al entrar, me llamó la atención su ubicación, entre un cuartel del Ejército de Salvación y una tintorería. Dos modalidades de la misma vocación por la limpieza.

La barra redonda dividía en dos el local y un par de docenas de mesas con patas de hierro y cubierta de mármol festoneado albergaban a los adoradores de Baco.

En el centro del círculo formado por la barra había una máquina de café, estanterías con botellas y un mueble de madera dividido en decenas de celdillas como suele haber en las recepciones de los hoteles.

Pedí una cerveza al tipo más próximo que había detrás de la barra y cuando me la trajo exhibí un billete de cinco dólares.

—Dime, amigo, ¿cómo debo hacer para que me dejen un recado fuera de miradas indiscretas?

El tipo se sonrió con suficiencia.

—Deje el mensaje y diez dólares al camarero que se ocupa de la caja registradora y él le dirá el número de celdilla que le ha correspondido. Todo cuanto tiene que decirle al destinatario del mensaje es el número. Así de sencillo.

—No parece muy seguro.

—¿Qué pretende por diez dólares, el séptimo de caballería?

No festejé su chiste, pero tenía razón.

Bebí mi cerveza y me largué. Esa puerta estaba cerrada. Había pensado que tal vez aquel bar fuese una cueva que funcionaba como eslabón en la cadena del chantaje, pero me había equivocado.

Subí al Plymouth y regresé a Manhattan.

Por el espejo retrovisor vi que me seguían. Eran profesionales y utilizaban dos vehículos, pero yo también soy un profesional.

Abandonaron la vigilancia cuando crucé el Lincoln Tunnel.

Me sentía exhausto, de modo que conduje directamente a mi apartamento. Me duché, bebí un whisky doble y puro, miré el cielo renegrido y su cortina de nieve espumosa, me metí en la cama y me dormí con el 38 junto a la oreja.

* * *

Me levanté temprano con una idea muy clara de lo que debía hacer. Aguardé la llamada de Alisha mientras bebía mi segunda taza de café oscuro.

Cuando la campanilla sonó en el dormitorio ya estaba vestido y dispuesto a emprender el safari.

—Logan.

—Hola, soy Alisha.

—¿Has dormido bien?

—Tengo que verte.

—¿Ha ocurrido algo?

—Yo..., prefiero no hablar por teléfono.

—Bien, reúnete conmigo esta tarde, a última hora. Beberemos un cocktail en algún sitio tranquilo.

—¿Qué te propones hacer hoy? —inquirió con una voz tensa y angustiada.

—Echaré un vistazo al instituto de belleza.

—Escúchame, Peter... —se interrumpió repentinamente, pero la mención de mi nombre con aquel tono suplicante, sensual y temeroso fue algo digno de escuchar.

—A las siete en el club Octopussy, ¿conoces el lugar?

—Sí, está bien.

—Tranquilízate. Espero tener noticias para entonces.

Pensé en llamar a Drubble pero no lo hice. Si averiguaba algo nuevo

estaba seguro de que me mantendría al tanto. Cogí la gabardina y salí en busca del Plymouth.

Fue un viaje agradable. El cielo permanecía agrisado pero las máquinas habían barrido la nieve y la carretera no estaba invadida, de modo que enfilé con calma hacia el norte, más allá de Englewood.

El centro de belleza integral tenía un nombre de buen pronóstico *Happy Life*, vida feliz, pero no parecía haber conseguido su propósito con Alisha.

Detuve el coche y observé durante un buen rato las instalaciones del instituto.

Un edificio central, de cuatro plantas y aspecto de casa patriarcal sureña, se erigía en medio de un jardín maltratado por el invierno. A un costado había una piscina cubierta y cinco pistas de tenis desocupadas. A la derecha del edificio, un camino conducía a los garajes y más atrás se abría un campo salpicado de arbolillos que se continuaba en un bosque denso y oscuro de coníferas.

La carretera discurría a un par de kilómetros de la entrada del centro, de modo que tenían asegurada una medida privacidad. Subí nuevamente al automóvil y conduje muy despacio hasta la puerta principal del edificio de Happy Life.

Cuando descendí y comencé a subir la escalinata de acceso, me pareció escuchar el sonido de un motor de coche que se alejaba. Me volví de prisa, pero no vi nada llamativo en la calma privilegiada que envolvía aquel paraíso artificial.

Entré en un vestíbulo calefaccionado y me dirigí hacia un mostrador donde una muchacha preciosa ordenaba un fichero. El vestíbulo estaba cómodamente amueblado, sin pretensiones, pero con ese buen gusto sobrio que indica un decorador caro.

—Buenos días, mi nombre es Peter Logan —dije—. Soy detective privado.

La muchacha abrió una boca carnosa, blanca de dientes y húmeda de saliva y me dedicó una sonrisa amplia como sus senos apretados bajo el uniforme blanco.

—¿En qué puedo servirle, señor Logan? —preguntó con naturalidad.

—¿Quién es el director del centro?

—El doctor Murphy.

—Dígale que he llegado y que necesito hablar con él.

—Lamento comunicarle que...

—No lo lamente, muñeca. Límitate a anunciarme y tal vez lleguemos a ser buenos amigos.

Tengo un rostro de boxeador veterano, duro y con la nariz ligeramente rota por viejas peleas. Según he podido comprobar, ese rostro es tan útil como un credencial en ciertos ambientes poco recomendables. En los ambientes recomendables tiene un efecto contradictorio, pero jamás he especulado con mis facciones en la Asociación de las Damas Morales de la Costa Este, de modo que todo lo que sé a ciencia cierta es que la combinación de mi mandíbula dura, mi nariz rota y mi voz segura y grave produce buenos resultados cuando el paisaje puede ser violento.

—Aguarde un instante por favor —dijo la muñeca y cruzó el vestíbulo moviéndose como una anaconda en aguas calmas.

No tuve que aguardar mucho. La princesa sinuosa regresó con una sonrisa nueva entre los labios.

—Sígueme, por favor.

—¿Cómo es que no hay ningún cliente a la vista, primor? —pregunté con el tono de los detectives bastos, poco dados a la galantería y el buen tino.

—Nuestros clientes están ocupados con el tratamiento. El tiempo libre comienza a las cinco de la tarde.

—Entiendo.

Subimos a un ascensor dorado y descendimos al subsuelo. Un pasillo blanco nos llevó a una doble puerta metálica. Detrás de la puerta había un gimnasio y en el centro del gimnasio tres hombres parecían compartir el mismo problema. La muchacha se marchó sin anunciarme.

Uno de los hombres, alto, de rasgos patricios enmarcados por un cabello prematuramente encanecido, pero que no debía tener más de cuarenta años, se acercó a mí. Vestía zapatos, pantalones y chaqueta blanca, un atavío impecable que suele caracterizar a los médicos

pudientes y amigos de las relaciones públicas.

Los otros dos tipos vestían chandal de gimnasia y tenían el aspecto de los lanzadores de martillo bien entrenados.

—Soy el doctor Murphy —dijo secamente.

—¿Es éste su despacho?

—Estoy ocupado, de modo que no quisiera perder mi tiempo con usted.

Los lanzadores de martillo sonrieron quedamente.

—He venido a hablarle de una fotografía interesante que ha llegado a mis manos.

No hubo ningún cambio en su expresión, sólo un leve tirón del nervio que inervaba su párpado izquierdo.

—¿Qué clase de fotografía?

—Bueno —dije—, por el tipo de la mujer y las dotes del espécimen que la trabajaba diría que es de ese tipo de ilustración que podría venderse al menudeo en las estaciones suburbanas de metro. ¿Me entiende?

—Escúcheme, Logan..., es ése su nombre, ¿verdad?

—Así es.

—Bien, no sé cómo diablos ha llegado hasta este sitio con sus estúpidas ideas acerca de la fotografía, pero no voy a tolerar sus impertinencias. Este es un instituto legal,

prestigioso y visitado por personajes a los que usted jamás verá más que en las páginas de los periódicos, de modo que váyase y no regrese.

Era el tipo de monólogo que esperaba, pero había dos chicos con los pies de plomo que le guardaban las espaldas y me había hecho conducir hasta el gimnasio, de modo que no era trigo limpio.

—No tiene el aspecto de dedicarse al chantaje y tal vez sea ésa la razón de que consiga excelentes dividendos. Pero le diré una cosa a su favor, alguien está utilizando su tinglado para ganar unos dólares extra. ¿Me entiende?

—No sé de qué está hablando, Logan —dijo fríamente pero detecté un brillo de interés en su mirada inteligente.

—Digamos que usted monta el espectáculo, realiza las inversiones y contrata al semental para que luego un aprendiz de delincuente saque partido de su infraestructura.

—Váyase de aquí, su tiempo ha terminado.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse en dirección a una puerta, del otro lado del gimnasio.

—Aún hay más, Murphy —dije, y se detuvo—. Voy a ir hasta el final, y ¿sabe por qué?, porque mi cliente también tiene que ver con esa respetable sociedad de las portadas del jet-set y está decidido a todo. Así de sencillo.

—Muchachos, sacadle de aquí como sea, pero con discreción. No quiero mala publicidad.

Los dos tipos vinieron hacia mí mientras el buen doctor se marchaba.

—De acuerdo —dije—, me voy.

Me di la vuelta y comencé a caminar hacia el sitio por donde había llegado. No deseaba una pelea, sólo que Murphy pensara un poco y que se sintiera temeroso por mi absoluta falta de delicadeza a la hora de plantarle el problema.

Pero entonces mi plan se modificó.

Un puño grande como un hacha se estrelló contra mi omóplato haciéndome saltar hacia adelante con la sensación de que acababan de meterme una carga de demolición dentro del hueso.

Giré aprovechando la inercia del martillazo y vi a uno de los gigantes, el que me había golpeado, que se disponía a repetir el juego.

Lancé mi pierna derecha hacia él y le hundí la punta dura de mi bota en la protuberancia que el chandal revelaba entre sus piernas. Es un golpe del que todo peleador debe cuidarse, pero aquella montaña de músculos estaba demasiado seguro de sí mismo y cometió un error. Se dobló con desesperación y se sujetó las partes para impedir que el dolor terminara de hacerle pedazos.

Cayó arrodillado con su gran rostro duro convertido en una máscara

de agonía púrpura.

La boca abierta igual que un batracio clamando a la luna y los ojos pálidos y brillantes.

Yo retrocedí hasta que me apoyé contra la pared. Una sensación creciente de hormigueo doloroso me anesthesiaba la mitad izquierda del cuerpo y durante un instante pensé que aquel hijo de perra me había lesionado la columna vertebral y no el omóplato.

El otro Hércules fue más precavido. Se aproximó con una guardia bien armada y el cuerpo entrenado en posición defensiva, perfilándose tentativamente.

Lanzó un *jab* corto a mi mandíbula y sólo me rozó levemente. Pero no era ese *jab* el

plato fuerte sino un mazazo brutal al plexo solar que se estrelló a medias en mi codo derecho.

Perdí el aliento y supe que estaba en manos de un púgil experto y mal intencionado.

Yo también conozco varios trucos, de modo que giré el cuerpo, le ofrecí mi perfil derecho y solté un golpe de karate lateral, con el puño cerrado y los nudillos dispuestos, que le dio en la mejilla. No fue un golpe perfecto pero le dolió y lo obligó a replegarse.

Salté hacia él, caí y flexioné la rodilla izquierda mientras mi pierna derecha lo barría, lanzándolo al suelo pesadamente.

Pero no cayó hacia atrás, sino arrodillado, y me alcanzó con un garrotazo en el hombro que me conmovió hasta el alma. Yo no me dejé abatir, porque era una pelea silenciosa, en la que parecía intervenir el halo de la muerte.

Estiré la mano derecha, engarfiada, y le golpeé en la nariz con la base de la mano antes de que mis dedos lo cogieran por el cabello y lo atrajeran hacia mí.

El tipo era un buen luchador y me abrazó con la potencia de un oso frío y letal. Iba a partirme los huesos y yo tenía la mitad del cuerpo paralizada, de modo que tenía que pensar algo rápido porque el oxígeno estaba bloqueado para siempre en mis pulmones.

Estiré mi brazo izquierdo por detrás de su cabeza, apoyé el pulgar

doblado en el índice, con el puño férreamente endurecido y le propiné un golpe preciso, seco y contundente en la nuca.

Sentí que su abrazo aflojaba pero no podía correr riesgos, de modo que repetí el golpe.

Pensé que el pulgar iba a injertarse en el índice, pero tuve éxito y el gigantón cayó hacia un costado, encogido como un feto y completamente dormido. Me aparté con dificultad y me incorporé.

El otro gladiador me miraba fijamente, incapaz de moverse, aferrado a sus testículos como una estatua dolorida y extrañamente erótica.

Me acerqué a él, desabroché mi gabardina y extraje el 38, apoyé el cañón en su entrecejo y lo vi sudar.

—Me encantará encontrarme otra vez contigo, dulzura —dije mordiendo las palabras—.

Sólo que entonces perderás algo más que tu virilidad. Lo golpeé en la cabeza y lo dejé inconsciente. Todavía tenía algo que hacer y no deseaba otro encuentro de lucha libre en un terreno tan poco neutral.

Salí del gimnasio y regresé al vestíbulo principal evitando el ascensor.

La muchacha de las curvas ondulantes continuaba con su archivo. Me acerqué con mi mejor sonrisa de los barrios bajos y toqué su hombro.

Se volvió y me dedicó una mirada de sorpresa.

—¿Qué ocurre, nena?

—El doctor me dijo que se había marchado...

—He olvidado algo, ¿dónde está?

Miró brevemente hacia una puerta de madera oscura, revestida parcialmente por una cobertura de cuero rojo.

—No sé si... —comenzó a explicarse, pero yo la corté con un gesto de samurai.

—Está bien, no te preocupes. Será sólo un instante.

Crucé el vestíbulo y entré en el despacho del doctor

Murphy sin anunciarme. Su rostro se puso lívido y colgó el auricular

del teléfono con un

gesto impropio de su serenidad y elegancia habituales.

Di la vuelta al escritorio, lo cogí por el cuello y lo arrojé sobre la butaca giratoria.

—¿Qué se ha creído...? —me espetó iracundo, pero una bofetada fue suficiente para enfrentarlo con la triste realidad de su indefensión.

—Le haré detener y...

—¡Cállese, maldita sea! —le espeté.

Se mordió el labio ensangrentado y no volvió a abrir la boca.

—Me iré en un instante, pero antes quiero que sepa algo. Voy a acabar con los chantajes, de modo que será mejor que cambie de profesión. Dedicúese realmente a las curas de reposo y los regímenes de adelgazamiento, de lo contrario esos señores famosos que envían a sus mujeres a este establecimiento se sentirán encantados de quemarle vivo cuando se enteren de su negocio de chantajista. ¿Me comprende? La publicidad es mala para ellos, y si pueden evitarla lo harán a cualquier coste. Pero, dígame, Murphy... ¿qué cree que harán si soy yo quien hace saltar la tapa de la olla? Caerán sobre ustedes como hienas y le arrastrarán en su caída. Piénselo.

Saqué el 38 y cuando abrió la boca con sorpresa le introduje el cañón hasta la garganta.

Es un sistema que siempre da resultado. Es como tener la muerte del lado de adentro del cuerpo.

—No soy un novato, Murphy.

Dejé que se ahogara con el cañón apoyado en su campanilla y luego, lentamente, enfundé el arma.

Me volví y salí de su despacho.

La secretaria me observó atentamente mientras me dirigía a la puerta de salida del edificio. No me sonrió, pero su desplante no iba a quitarme el sueño.

Cuando subí a mi Plymouth vi un grupo de quince o veinte personas que corrían tras una atractiva profesora de gimnasia en pos de la quimera de la silueta ideal.

Encendí el motor, enganché la primera marcha, y me largué de allí a todo gas.

Me detuve en un restaurante mexicano y pedí un tequila y unos tamales. Antes de comer fui hasta el cuarto de baño e inspeccioné el golpe del hombro. Un hematoma con la silueta de la América del Sur avanzaba hacia mi esternón.

Por el espejo observé el golpe del omóplato y me sonreí al comprobar que, en este caso, el diseño correspondía a la América del Norte. Pensé que la América Central se hallaría dentro del hombro y era ese alfilerazo encendido que latía dentro de la carne.

Moví el hombro en un ejercicio que contribuyó a aumentar el efecto del alfilerazo al rojo vivo y regresé luego al restaurante. Comí sin apetito pero las dos copas de tequila me devolvieron el ánimo.

Pagué y subí al coche. Fumé un cigarrillo antes de decidirme a regresar a Manhattan. El cielo comenzaba a oscurecerse vestido de tormenta y adiviné exactamente el momento en que se iniciaría la nevada.

Ocurrió veinte minutos después cuando avistaba ya la línea recortada de los rascacielos neoyorquinos contra la tormenta que llegaba del este.

Fui directamente a Chinatown y dejé el automóvil en el aparcamiento antes de subir a mi despacho. Cuando me hube duchado y vestido con ropa limpia, me senté junto al ventanal con un cigarrillo en los labios y una copa en la mano. Mi padre y yo teníamos la

misma talla, de modo que cuando necesitaba mudarme de ropa en el estudio, utilizaba sus prendas. Era un modo de recuperar su presencia y, además, me ayudaba a pensar.

La tarde se oscureció prematuramente y la tormenta de nieve arreció. Si no estuviera hundido hasta el cuello en toda aquello porquería sería una tarde para disfrutar.

CAPITULO V

De algo estaba completamente seguro. Estaban trabajando de espaldas a la organización de Murphy. Un chantajista es un tipo despreciable que se alimenta económicamente de la carroña, los errores o los deslices del prójimo adinerado. En ocasiones, el chantaje sirve para obtener algún beneficio en especie. Pero hay algo que debe tenerse muy en cuenta cuando un grupo de personas monta un tinglado con el aspecto del complejo Happy Life, y es que tiene que ser un negocio muy controlado.

Hay un límite para presionar a una víctima, y no siempre es un límite económico. El doctor Murphy debía conocer el límite de sus «clientes» porque le birló sólo 30.000

dólares a Alisha. Cuando el tipo que se beneficiaba de la gestión de Murphy apretó a Alisha, ella pagó la primera vez y luego vino a verme.

Era una prueba de que Murphy sabía hasta cuándo tirar de los hilos y en qué momento cambiar de víctima.

Descolgué el auricular y llamé al capitán Drubble.

—Soy Logan, Bud.

—Estuve llamándote. Tengo algo interesante.

—Dime de qué se trata.

—¿Dónde estás?

—En Lafayette.

—Ven a mi oficina y hablaremos.

—Está bien —dije—. Estaré allí en veinte minutos. Tengo una cita a las siete.

—¿Negocios o placer?

—¿Quién te ha dicho que son dos elementos irreconciliables? —dije, y corté la comunicación.

Salí a la calle. Continuaba nevando y la ciudad parecía más fría y

desapacible que nunca.

Deseché la idea de conducir en semejante pista de patinaje y llamé un taxi.

Un sargento me anunció a Drubble y entré en su *gabinete de trabajo* como él llamaba a ese reducto saturado de ficheros, almanaques viejos, papeleras atestadas y expedientes polvorientos donde transcurría gran parte de su vida de policía.

—Salud, polizonte.

—¿A qué se debe tu buen humor?

—Afán de supervivencia.

—Tienes mala cara.

—Ya te contaré. ¿Qué hay para mí?

—Los vecinos de Bo me han dicho algo. Parece que el viejo solía trabajar por las mañanas solamente; sin embargo, durante los últimos meses les sorprendió que también trabajara por las noches. Tú sabes cómo era Bo, un sujeto introvertido y excesivamente discreto. Alguno de ellos trató de obtener alguna información acerca de esas visitas nocturnas al laboratorio de fotografía, pero Bo les cortó rápidamente. Dijo que no se metieran en su vida y menos para decir tonterías.

—¿Qué opinas tú, Bud?

—Creo que alguien está confundido en este guión, muchacho.

—Es posible —admití.

—Tal vez...

—Dime, Bud, ¿alguien vio al viejo Bo trabajando de noche?

—Déjame pensar..., en realidad no lo sé.

—Quiero decir si alguien, alguno de los vecinos le vio alguna vez entrando o saliendo del laboratorio en horas imprevistas.

—Nadie lo mencionó con esas palabras, Pete.

—¿Has hablando con Luke, el viejo portero?

—Sí.

—¿Y?

—El viejo Luke cae con una botella entre las manos a las nueve de la noche, tras ocuparse de los desperdicios, y no consigue abrir los párpados hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

—Pero ¿le has preguntado?

—Sí. En lo que a él respecta, Bo regresaba en cuanto terminaba la última sesión del cine y salía tras el desayuno, a eso de las ocho y media de la mañana. A veces, incluso un poco antes. El jamás le veía irse, a esa hora todavía luchaba con la resaca.

—Comprendo —dije, pero ya estaba hundido en otro tipo de reflexiones.

—¿Y tú? —preguntó Drubble.

—¿Yo?

—¿A qué se debe tu mala cara?

—Escucha, Bud, tengo un caso entre manos. Un caso muy especial.

—Todos tus casos son muy especiales últimamente, chico.

—Creo que está relacionado con la muerte de Bo —agregué a sabiendas de que era sólo una maldita hipótesis, sostenida apenas por la presencia de una polvera de cinco dólares.

—Explícate —dijo Bud, recobrando el tono del policía interrogador.

—No puedo. Todavía no. Pero te daré algo en que pensar. ¿De acuerdo?

—¿Hay otra alternativa?

No presté atención a su ironía.

—Tuve un encuentro violento con dos matones. Fue en un instituto de esos que se ocupan de poner en línea a los ricachones con problemas de michelines.

—Sí, conozco esos sitios.

—Bien. Hay uno más allá de Englewood, un sitio precioso, discreto y muy bien puesto. Su nombre es Happy Life.

—Muy ilustrativo.

—Bien. Estuve allí llevado por una corazonada, o tal vez por algo más que una simple presunción. El hecho es que me presenté con mi nombre real, dije que era detective privado y acusé al director, un médico llamado Murphy, de que en su establecimiento se realizaban chantajes y, de algún modo, le acusé a él personalmente de conocer el paño y sostener el tinglado.

—¿Te has vuelto loco?

—Es posible, pero escúchame. Dijo a dos atléticos mastodontes que me echaran de allí.

Yo pensaba largarme sin violencias, pero no me lo permitieron. Hubo una pelea y tuve

suerte.

—¿Armas de fuego?

—No. Es decir... sólo al final, cuando ya me había desprendido de los atletas, y saqué el 38 para que comprendieran que no eran ellos los únicos duros del episodio.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Repetí la escena del 38 con el buen doctor Murphy. Le dije que iba a ir hasta el final en mi investigación.

—¿Por qué me cuentas todo esto? No es tu estilo.

—Porque estoy dándole vueltas a una idea y quiero que tú sepas a qué atenerte si me ocurre algo.

—¿Qué vinculación existe entre el asesinato de Bo y tu caso de chantaje?

—Cuando tenga la respuesta a esa pregunta también tendré al asesino de Bo y a los chantajistas.

—¿Me informarás de tus investigaciones?

—Cuando me sea posible, Bud.

—Tú y tu estúpida ética profesional —me lanzó, impostando la voz.

—Tú y tu maldita placa de mastín legal —dije, poniéndome de pie.

—Escucha, muchacho... —dijo Bud, deteniéndome—, ten cuidado con la policía de la zona de Englewood. Será difícil dar con un buen amigo.

—Lo tendré en cuenta, Drubble. Conozco el paño.

Salí de su oficina, descendí las escaleras y crucé el vestíbulo del recinto. Dos furcias ataviadas como las *bunnies* de *Playboy* reían a carcajadas ante el modo en que un policía novato les leía sus derechos; un negro delgado como el dedo de la muerte se sujetaba el estómago y se convulsionaba en el centro neurálgico de su síndrome de abstinencia; una vagabunda borracha, vestida con decenas de harapos, sonreía al sargento de guardia con una boca vacía y oscura. Yo apuré el paso hacia la salida. El sargento me lanzó una mirada por encima de sus gafas de concha y supe que me envidiaba.

Eran las seis y media de una tarde totalmente oscurecida y ventosa. Los copos de nieve danzaban en el aire y sus mil cabriolas indescifrables no parecían entusiasmar a nadie. Los peatones caminaban presurosos, arrebujados en sus abrigos y soñando con el whisky, el televisor y la calefacción central.

Llamé un taxi, me retrepé en la butaca y di al chófer la dirección del club Octopussy.

Llegué temprano. Pagué al chófer y entré al bar cruzando unas puertas dobles y acristaladas de aspecto aristocrático. La barra permanecía invisible desde la entrada, de modo que tuve que recorrer parte del salón, flanquear un tubo alto, de tres metros de diámetro, que encerraba un nutrido jardín de invierno, y entonces subir un par de escalones para acceder a un largo mostrador de madera fina y tallada, custodiado por dos barmen atildados y de mediana edad.

Alisha levantó la mirada de su copa y sus ojos se iluminaron. Faltaban diez minutos para las siete, pero ella ya estaba allí. Me acerqué y tomé asiento en una banqueta, a su lado.

El barman se acercó con el porte de un maître bien remunerado y sonrió discretamente.

—Buenas noches, señor. ¿Qué desea beber?

—Whisky, doble y puro.

Se alejó con la misma mueca amable y Alisha me cogió el brazo.

—Alguien me llamó por teléfono. Dijo..., dijo que... —y comenzó a temblar. Debía estar conteniéndose desde que hablara conmigo por teléfono y había llegado al límite.

—Bebe un sorbo —ordené y obedeció con gestos nerviosos—. Y ahora dime quién llamó y qué fue lo que te ha puesto en este estado.

—El mismo que me pidió los cinco mil dólares. Quiere siete mil más. Ha dicho que me he comportado como una idiota buscando ayuda. Que me olvide de ti y consiga el dinero para dentro de dos días. De lo contrario..., bueno..., Claude recibirá una copia.

Estaba demasiado nerviosa para recibir mis noticias en un lugar público, de modo que cuando el barman trajo mi copa, la bebí de prisa, pagué la cuenta y salimos de allí.

El viaje en taxi hasta mi despacho fue silencioso y tenso.

Me di cuenta de que algo inusual ocurría cuando llegué al rellano de la décima planta.

—Quédate aquí, por favor —dije, y saqué el 38.

El felpudo que yo dejaba siempre en la misma posición ante la puerta, se hallaba prácticamente invertido. Amartillé el arma y probé el picaporte. La puerta se abrió en seguida. Habían hecho saltar la cerradura con la torpeza propia de los aficionados.

Introduje una mano y encendí la luz. Empujé la puerta y entré con rapidez, inclinado y dispuesto a levantarle la tapa de los sesos al primer monigote que se moviera.

No había nadie.

La enorme habitación aparecía en un completo desorden. No había nada roto, pero todo estaba por los suelos. Las telas de mi padre arrojadas de cualquier modo en los rincones y los cajones y placares vaciados con violencia.

—Bastardos...

Me sentía más herido de lo que ellos habían supuesto. Era mi mausoleo y había sido el mausoleo de mi padre.

—Lo siento, Peter..., yo...

—Cierra la puerta y ayúdame a poner un poco de orden.

La campanilla del teléfono estremeció a Alisha.

—Soy Logan —dije.

—Buen espectáculo, ¿verdad?

—¿Eres tú, capullo? —pregunté conteniendo mi ira. No deseaba regalarle una alegría extra.

—Es la última advertencia, Logan. Estás moviéndote demasiado y puedes terminar mal.

¿Entiendes? La próxima vez incendiaremos tu tugurio y te pasaremos con el coche por encima. Se acabaron las advertencias.

—He hablado con el doctor Murphy, muñeco valiente. Creo que él también sospecha algo de ti. Antes o después daremos contigo. O él o yo, y te aseguro que es preferible que sea yo. Tiene unos modales muy feos el buen doctor.

—Enviaré una fotografía a Challong —dijo agresivamente, pero había en su voz una nota de temor que no me pasó desapercibida.

Y decidí persionarle más.

—Estás atrapado y lo sabes, chacal. Olvídate de los siete mil dólares y lárgate de la

ciudad. Estás muerto.

—Iré a buscar el dinero pasado mañana y espero que esté allí, Logan. Si en verdad estoy muerto no hay nada que pueda perder, ¿verdad?

Y cortó la comunicación.

Corrí hacia la ventana y miré hacia la calle. Necesitaba los binoculares. Busqué a mi alrededor en medio del desorden.

—¿Qué buscas?

—Los prismáticos. Date prisa.

—Allí, junto a la papelera —dijo Alisha.

Los recogí y regresé a la ventana.

La cabina telefónica estaba en la esquina. Varios tipos caminaban alejándose de ella en todas direcciones. Procuré seguirles los pasos a todos y entonces uno subió a un coche aparcado en doble fila. Era el mismo que había intentado atropellarme. Esta vez vi la matrícula porque no habían ocultado la placa delantera.

Cogí el teléfono y llamé a Drubble. Todavía continuaba en el precinto.

—¿Puedes conseguir los datos del propietario de un automóvil?

—Déjate de rodeos, sabes que sí.

Le di el número de la matrícula y aguardé su comentario sarcástico.

—Te llamaré en cuanto sepa algo. ¿Dónde estás?

—En mi despacho.

—Estupendo —dijo, y colgó.

Me sorprendió gratamente su comportamiento amable.

Al cabo de un par de horas de intenso trajín el despacho volvió a tomar el aspecto de un santuario particular. Afortunadamente, no había muchos destrozos.

Drubble llamó y me dio los datos.

El propietario era un tal Douglas Merriwether. El nombre no me era del todo desconocido, pero no logré identificarlo de inmediato.

Alisha tenía el rostro arrebolado por el trabajo y una película de sudor brillantaba el nacimiento de sus senos rotundos. Nos miramos conscientes de que ambos estábamos pensando en lo mismo.

Di un paso hacia ella, la tomé por los hombros, la miré profundamente y la besé con fuerza.

Su cuerpo pareció cobrar vida propia, dejar de pertenecer al ámbito controlado de su razón y se convirtió en una criatura estremecida, desesperadamente excitada, que se aferraba a mí como un animal encabritado.

Hundió su lengua en mi boca y comenzó a desvestirme. Fue una ceremonia feroz, como si hubiésemos iniciado un combate cuya

violencia había ido creciendo en el cuerpo de cada uno, de espaldas a la relación medida que habíamos establecido.

La arrojé sobre el sofá y la desvestí con premura. Ella murmuraba palabras ininteligibles junto a mi oído y cuando me aparté ligeramente para observar su cuerpo desnudo vi lágrimas en sus ojos y sus mejillas.

Besé la piel conmovida y llené de caricias cada hueco de su carne, cada palmo tibio y exultante hasta que ella depositó en mi oído el aliento de una última plegaria y entré en su cuerpo abierto y deseoso como si por fin llegara al puerto esperado.

Gritó de placer y se conmovió igual que una danzarina ebria antes de relajarse y sollozar quedamente.

Besé sus lágrimas y la mantuve estrechamente abrazada.

—Lo siento... —murmuró.

—Todo lo que haces es disculparte. No debes hacerlo conmigo. Olvídalo.

—Yo..., mi marido, Challong, el hombre de las portadas, el playboy, siempre acompañado por dulces muchachitas semidesnudas... —recitó con infinita tristeza.

—No pienses en él.

—Tengo que hacerlo, Peter.

—Habla si lo deseas, pero a mí no me debes ninguna explicación.

—Claude..., él y yo no vivimos como una pareja normal... ¿me entiendes?

—Sí, hacéis vidas separadas —dije estúpidamente.

Ella movió la cabeza y cambió el llanto por una risa plena y liberadora.

—A Claude no le gustan las mujeres —dijo por fin—, yo he sido solamente una pantalla.

Una estúpida pantalla necesaria para su vida social, sus negocios con las mentalidades conservadoras y su capacidad de figuración en los círculos políticos.

—De acuerdo..., ¿y ahora qué? —pregunté.

—Si este maldito asunto se soluciona voy a divorciarme de él. A la mierda con su tinglado.

Se volvió hacia mí y me besó con fuerza.

—Por favor, abrázame otra vez —pidió con una ingenuidad que desmentía la vibración de su cuerpo.

Y la ceremonia volvió a comenzar.

CAPITULO VI

Eran poco más de las diez de la noche cuando terminé de ducharme. Alisha peinaba sus cabellos húmedos y sonreía complacida. Me gustó verla allí, en medio de aquel decorado, con su expresión exquisita y sus ojos tibios.

—Dime, muchacha ardiente, ¿conoces a Douglas Merriwether?

La tibieza desapareció de sus ojos y su mirada se tornó dura y mercurial.

—Sí, ¿por qué?

—¿Quién es?

—Un figurón y...

Un recuerdo la atrapó y asoció rápidamente varias ideas. Ella había observado mis hematomas y yo le había dicho que pertenecían a una pelea que nada tenía que ver con el caso. Pero ahora iba a resultar difícil evitarle los datos preocupantes.

—Dorothy Merriwether fue la que insistió para que fuéramos a Happy Life.

—¿Qué coche tiene?

—Un coche negro, con chófer —dijo—, ¿Peter?

—¿Sí?

—Dime la verdad, por favor. Hace demasiado tiempo que vivo en un mundo de engaños y caras vacías. Tú debes ser franco conmigo.

—Está bien —admití—, lo seré.

Serví un par de copas, le entregué una y nos sentamos frente a la ventana, observando la continua invasión de los copos de nieve.

Y le conté todo lo ocurrido. La muerte de Bo, el asunto de la polvera, mi visita a Happy Life, la tentativa de atropellarme con el coche y mis sospechas de que había una relación más que probable entre el asesinato de Ralph y los chantajes.

—¿Eres amiga de Dorothy Merriwether?

—No tengo amigos en Nueva York, sólo relaciones sociales con los conocidos de mi marido..., de Claude.

Sonreí ante su comentario.

—Iré a hacer una visita a los Merriwether.

—¿Ahora?

—Eso es.

—Hoy es viernes, Peter. Hay fiestas todos los viernes en la mansión de Dorothy.

—Estupendo, me gustan las fiestas. ¿Vienes conmigo?

—No, es posible que Claude esté allí. No tengo deseos de verle.

—Bien, pero no te quedes aquí.

—¿Crees que pueden regresar?

—Es posible.

—No quiero volver a casa... nunca más.

—Es el sitio más seguro, muchacha.

—Por favor... Peter.

—Está bien. Te dejaré en un hotel y luego iré a recogerte. ¿De acuerdo?

—Confío en ti —dijo, y poniéndose en puntas de pie me besó con dulzura en los labios.

La dejé en un hotel que conocía bien, no muy lejos del Central Park y crucé el Hudson nuevamente para tomar la dirección de Englewood.

La casa de los Merriwether se hallaba a mitad de camino entre Manhattan y el complejo de Happy Life y el hecho de que se hallara en el camino de Englewood no hacía más que añadir solidez a mi teoría.

Cuando llegué a destino, la nevada decrecía con rapidez y el frío era más intenso. Dejé el Plymouth junto al bordillo, a unos treinta metros de la entrada de la casa. Era un barrio residencial, construido en una

loma ajardinada que el invierno había afeado. Sin embargo, podía imaginar perfectamente cómo sería aquel reducto de millonarios al despuntar la primavera.

Un jardín estrecho precedía a la fachada iluminada de la casa. Era una construcción de dos plantas y una tercera compuesta por las buhardillas del servicio. Un sendero de grava, cubierto de nieve fresca, conducía a los garajes, detrás de la casa. Conté diez automóviles en las inmediaciones y deduje por su categoría que los propietarios no debían tener jamás una sola tribulación económica.

Hacía demasiado frío para que los chóferes aguardaran fuera o en los coches, de modo que lo más probable era que estuviesen echando una partida en la cocina o, tal vez, en las habitaciones que seguramente habría encima de los garajes.

Di una vuelta a la casa y encontré las dependencias de servicio con las ventanas iluminadas exactamente donde lo había previsto. Debajo de las dependencias había espacio para guardar tres coches y en aquel momento estaban todos. Un Porsche amarillo, un Ford Mustang y el tiburón negro que había estado a punto de convertirme en una feta de tocino ahumado.

Apoyé la mano encima del capó y descubrí que aún estaba tibio.

Un coro de risas me llegó desde la planta superior. Estaba a punto de salir nuevamente para dirigirme a la casa cuando escuché voces. Me oculté junto a la puerta y procuré aguzar el oído.

—¡Maldita sea, tengo que largarme! —dijo una voz que yo conocía.

—¡Estúpido! ¡Tú te lo has buscado! —replicó una voz femenina.

—Conque sí, ¿eh? ¿Qué diablos pretendían usted y ese Murphy, que yo hiciera todo el trabajo y luego largarme con unos miserables pavos?

—Estupendo, hijito —replicó con serenidad la voz de mujer—, dime qué has conseguido a cambio. Ese detective está detrás de ti y los hombres de Murphy te harán trizas en cuanto les diga que has regresado. Porque me han telefoneado preguntando por ti, ¿sabes?

—Usted no me ha visto —dijo el tipo, y no había ningún desafío en su tono apagado.

—Todavía puedes arreglar el problema, Burke —dijo la mujer,

conciliadora.

—Dígame cómo.

—Haciendo otro trabajito para nosotros.

—¿Se ha vuelto loca?

—En absoluto.

—En cuanto aparezca por Happy Life ese par de gorilas me despellejará.

—No, si yo le aseguro a Murphy que has entrado en razón. Eres joven y los jóvenes pueden cometer errores.

Ahora la voz se había suavizado. El chófer, Burke, lanzó una risilla que pretendía ser encantadora.

—¿Por qué haría algo así, señora Merriwether?

—Porque eres un hombre muy guapo y tal vez... sepas cómo recompensarme. ¿Qué dices?

—Que su marido es un tipo muy afortunado —replicó Burke sarcásticamente.

El sonido de la bofetada se escuchó claramente por encima del silbido del viento.

—No vuelvas a hablarme en ese tono, hijito. Tú no eres nadie y por si eso fuese poco, no estás en condiciones de hacer apuestas. Lo tomas o lo dejas, muñeco.

Me asomé sigilosamente y atisbé por el resquicio del portón entornado del garaje.

Estaban debajo del alero, a cubierto de la nevada. El era alto, fuerte y parecía más corpulento todavía dentro del abrigo grueso. Ella era una mujer de más de cuarenta años, bien conservada hasta donde podía ver. Tenía un abrigo de visón sobre los hombros y un cabello rubio protegido por una capucha de material plástico.

El rostro era carnoso, con grandes labios lúbricos, ojos excesivamente maquillados y multitud de operaciones estéticas que habían protegido su cuello de los rigores del tiempo.

El chófer sonrió, la cogió por la cintura, la apretó contra su cuerpo y le hundió la lengua entre los labios. Ella se conmovió como una anguila y estuvo a punto de dejar caer el abrigo cuando le echó los brazos alrededor del cuello y se frotó contra él de un modo poco edificante.

—Bueno... —dijo ella al cabo de un minuto largo y estupendamente empleado—, debo regresar a la fiesta.

—¿Qué haremos con esa perra de la Moon?

—Nada.

—No le entiendo.

—He dicho que no haremos nada. ¿De qué puede acusarnos? ¿Sabes lo que le haría esa princesa de Claude si se llega a enterar? Hace años que cuida sus debilidades por los marineros musculosos y ahora no va a dejarse atrapar por un desliz de su dulce mujercita.

—Preferiría irme durante algún tiempo —dijo Burke.

—Hazlo, muñeco, y terminarás en el infierno —añadió ella.

—¿Usted hablará con Murphy?

—Esta misma noche.

—¿Podrá convencerle?

—Desde luego. Yo soy quien le proporciona las pájaras mejor dispuestas y más adineradas. Nuestras fiestas de los viernes son un verdadero coto de caza. Puedes crearme, muñeco. Y ahora, dame un beso.

Esta vez el beso duró dos minutos y las manos de la mujer palparon el cuerpo de Burke sabia y detenidamente.

—¿Quién es la próxima? —preguntó Burke sofocado.

—Martine Desner, la mujer del vejete que llegó ayer. Es guapa y muy ambiciosa.

Desner la devolverá al arroyo si se entera de que Martine juega con instrumentos prohibidos. Además, es diplomático y proviene de una familia de rancia prosapia. Es el blanco ideal.

—De acuerdo —dijo Burke sin demasiado ánimo.

—Sonríe, muñeco. Cuando terminemos con ella, podrás tomarte unas vacaciones. Tal vez yo misma me reúna contigo y pasemos unos días embriagadores.

Una risa agradable como el eructo de un áspid rubricó la proposición de Dorothy Merriwether.

—¿Cuándo será?

—Mañana mismo. Ya le he dicho que los sábados son los días más apropiados para desintoxicarse de los excesos de la semana. Prepara el equipo de fotografía, yo llamaré a Murphy. No te preocupes de nada.

—¿Y el detective?

—Olvídate de los siete mil dólares y ellos no tendrán más remedio que olvidarse de nosotros.

—No me gusta —dijo Burke.

—¿Sabes por qué te has metido en este lío? Porque no tienes cerebro. Unicamente a ti se te ocurre pensar en estafarnos. Este tinglado nos ha costado años de trabajo.

Maldito imbécil, si no fueses tan atractivo podría liquidarte yo misma. Murphy y yo hemos levantado un negocio muy lucrativo. El propio Douglas ignora mis pasos. Tengo una cuenta en Suiza y cuando me largo de viaje el dinero que me da Doug sólo me sirve para los vicios menores. ¿Me entiendes? De modo que tú no pienses en nada; deja que sea yo quien utilice el cerebro.

Dio una palmada en la mejilla del hombre y se alejó moviéndose como una goleta en medio del Cabo de Hornos.

Mi cerebro funcionaba a todo ritmo. Tenía la sensación de que el asesinato de Bo estaba vinculado de un modo particular a la actividad de aquella pandilla de cerdos, pero no atinaba a acertar con la respuesta exacta.

Burke observó a la goleta mientras navegaba hacia la casa y en su rostro cetrino se dibujó una sonrisa de satisfacción. Pude comprenderlo, había pasado de una situación desesperada a una alternativa digna de sus merecimientos.

Repentinamente, como si recordara cómo habría de pagar aquella nueva oportunidad, sacó un pañuelo del bolsillo y lo restregó contra sus labios manchados por el carmín que saturaba la boca del ángel bien conservado.

Tenía que largarme de allí y preparar un plan de acción para el día siguiente. Había una posibilidad de atraparlos en plena acción. Podía imaginarme la escena con el negro en pie de guerra y la tal Martine Desner desmadejada y abierta en una cama iluminada mientras Burke, armado con su valioso equipo de fotografía, imprimía aquellas lúbricas imágenes para una posteridad restringida.

Podría haber saltado sobre el bastardo y cortarle la yugular sólo para deleitarme con el espectáculo *pop* de su sangre sucia.

Pero había algo mejor que hacer, y consistía en largarme sin llamar la atención.

Burke introdujo una mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un puñado de

dólares. Encendió un cigarrillo, contó el dinero, se pasó la lengua por los dientes y sonrió a un público que sólo él podía ver del lado de adentro de su frente.

Luego flanqueó los garajes y subió la escalera que llevaba a las habitaciones superiores. Pude oír las exclamaciones de bienvenida que le brindaron los chóferes de la fauna bien forrada que bailaba dentro de la casa.

Salí de mi escondite, entorné la puerta del garaje y me encaminé hacia la calle por el camino de grava. Al pasar junto a las ventanas de la casa no pude reprimir mi curiosidad y me acerqué a una de las terrazas para echar un vistazo al interior.

Descubrí inmediatamente a Dorothy Merriwether. Llevaba un vestido de noche color granate con un gigantesco escote que parecía acabar a la altura de su ombligo. Los pechos bailaban como bulbos bien conservados al compás de su risa fácil y falsa.

En un extremo de la habitación, cuatro parejas bailaban muy estrechamente y bajo la escalera del vestíbulo principal, un camarero vestido como Abraham Lincoln y con una barba exactamente igual al prócer, servía las bebidas. Estuve a punto de reír el simbolismo, pero estaba congelándome y deseaba regresar en busca de Alisha. Me pregunté si el marido, Claude Challong, se hallaría entre los invitados

en aquellos momentos, pero iba a ser una pregunta sin respuesta.

Caminé rápidamente hacia la salida, torcí a la izquierda por la acera y me deslicé tras el volante del Plymouth.

Sentía los huesos helados. No me había percatado del frío que hacía hasta ese momento, cuando podía relajar la tensión y pensar sin la amenaza de ser descubierto por algún miembro del *club de los viernes iniciáticos*.

Puse en marcha el motor y me alejé con el cerebro repleto de ideas danzarinas. No podía fijar ninguna con exactitud, pero todas ellas se movían al compás de una misma melodía.

Cuando me detuve ante el hotel eran ya casi las dos de la madrugada y la ciudad de Nueva York, en Manhattan, y en los alrededores del Central Park, parecía el paisaje de una película espacial. Todo desierto, nevado, con los edificios esculturales como custodios de un sueño pasado por el neutrón y los semáforos bailando en technicolor.

No había necesidad de quedarse en el hotel, de modo que pagué la cuenta y llamé a Alisha por el teléfono interior. Apareció inmediatamente, con el rostro arrebolado por una excitación que llevó su mensaje a un área que hacía demasiado tiempo que permanecía yerma en mí.

Me besó con calor y sonrió.

Los ojos verdes destellaron y parecía exultante como una adolescente en vísperas del picnic anual.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó entonces, ocultando su alegría por mi regreso tras la máscara de la realidad.

—Es un poco largo de contar. Iremos a mi apartamento.

—Pero...

—Ya no hay peligro.

Era sólo una frase, pero ella necesitaba escuchar algo por el estilo. Deseaba que todo concluyera y ese deseo, en ocasiones, era más fuerte que su razonamiento.

Salimos abrazados a la calle, subimos al automóvil y nos dirigimos a mi habitáculo.

—Tienes una casa impersonal —dijo Alisha—, Tu despacho es más ilustrativo que el sitio donde vives.

—El sitio donde vivo es el despacho —repliqué, pero comprendía perfectamente a qué se refería.

—No importa —añadió, abrazándome—, me gusta. Conserva para ti el halo de misterio con que yo te he rodeado.

—Estás loca, pero tienes estilo. ¿Hambrienta?

—Sí.

—Estupendo. La cocina está allí, detrás de esa puerta. Hay una alacena bien surtida y tú eres una muchacha con recursos. Voy a ducharme.

Fue hacia la cocina y se detuvo antes de entrar. Se volvió hacia mí con una expresión ansiosa en el rostro.

—¿Sabes una cosa, Peter?

—Sé muchas, pero no creo que esté enterado de lo que ahora pasa por tu calenturienta imaginación.

—Eres fácil de querer.

Entró en la cocina y cerró la puerta.

Yo me quedé inmóvil, metabolizando sus palabras. No había sido solamente una frase y, por alguna razón, me sentí inmensamente halagado. Necesitaba que ella me dijera cosas amables y comprendí, no sin cierta inquietud, que estaba dejándome ganar por un sentimiento que había erradicado por completo de mi vida.

Me duché y me rasuré. Me puse un pantalón grueso, una camisa de lana y mocasines forrados para ir al encuentro de la cena.

Todo estaba dispuesto a Alisha había hallado un par de velas en algún sitio con las cuales decorar la mesa.

—¿Qué has cocinado? El aroma es exquisito.

—Un cocido a la generala —replicó.

—¿Qué diablos es eso?

—Una cazuela capaz de albergar todo cuanto se halle en una alacena y luego... mi salsa especial.

Nos sentamos a comer. Aquel cocido era algo estupendo. Bebimos una botella de vino y son sentimos felices como si el mundo que nos rodeaba estuviera habitado sólo por miembros del Ejército de Salvación.

Con una copa de cognac en las manos y el paquete de cigarrillos nos dirigimos al dormitorio.

—Una cama de detective soltero —bromeó Alisha.

—Ven, acuéstate a mi lado. Tenemos que hablar.

—¿Sólo hablar? —preguntó con picardía.

—Necesito algunos datos acerca de ese sitio, Happy Life.

Se desvistió antes de acostarse y yo la observé en aquel *strip-tease* improvisado hasta que estuvo completamente desnuda y se introdujo temblando bajo las sábanas.

—Ven conmigo. Me gusta hablar en la cama.

Sonreí y me quité las ropas.

Me abrazó en seguida y pasó una pierna tensa y tibia por encima de mis muslos.

—Cuéntame lo que ocurrió en Happy Life. ¿Cuándo pueden haberte dormido para hacer las fotografías?

—Normalmente, lo que ellos llaman las terapias de relajación tienen lugar alrededor de las seis de la tarde. Una hora y poco más antes de la cena.

—Bien, escúchame con atención. Anoche conocí al tipo que trató de atropellarme con el coche, es el mismo que entró en mi despacho. El chófer de la dama, de Dorothy Merriwether.

—Burke.

—El mismo.

—No me extraña. Es un tipo repugnante.

—No para Dorothy. Está fascinado por él.

—Dotty es fácil de fascinar.

—Bien, el hecho es que me oculté en el garaje y oí una conversación muy ilustrativa.

¿Conoces a una tal Martine Desner?

—¿Martine? Claro que sí. ¿Qué ocurre con ella?

—Es la próxima víctima.

—Tenemos que avisarle, es una buena chica. Yo tengo su número de teléfono.

—No.

—¿Qué dices?

—He dicho que no, que no le diremos nada. Permitiremos que vaya a Happy Life con su encantadora amiga, Dorothy Merriwether, y entonces procuraremos cogerlos con las manos en la masa.

—Pero...

—Es la única alternativa, Alisha. De lo contrario jamás podría probarles nada. ¿Es que no lo entiendes? Es prácticamente imposible demostrar un caso de chantaje, y ellos tienen dinero, influencias y material suficiente para presionar.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se trata de un par de desesperados que conocen una tontería de la hija de la florista. Se trata de un grupo de profesionales que elige perfectamente a sus víctimas y, por lo tanto, tiene que asegurar sus espaldas.

—¿Cómo? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—Con copias de todos los negativos, muchachita ilusa. El doctor Murphy debe tener su propio archivo y en él yacen de espaldas las musas más adineradas de la sociedad pudiente. Es lo que yo haría si estuviese en su lugar.

—Pero entonces, si alguien hallara ese archivo...

—Sí, tendría las pruebas. Pero Murphy no puede ser tan idiota como para conservar las pruebas en su casa.

—¿Por qué no?

—Porque se arriesgaría a que lo atraparan.

—¿En Happy Life?

—Eso es.

Lanzó una risa cristalina.

—¡Imposible!

—¿Por qué lo dices?

—Porque el jefe de policía de la zona se llama Hubert Murphy y es hermano del cretino que tú conoces.

Drubble me había advertido de la calaña de los policías de aquel distrito y ahora entendía exactamente lo que había querido decir.

Abracé a Alisha y la besé con fuerza en los labios.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó riendo.

—Que me has dado la mejor noticia de la semana.

—¿Por qué?

Volví a besarla antes de responder.

—Porque entonces es posible que ese maldito renacuajo de Murphy conserve el material fotográfico de reserva en algún escondrijo de Happy Life.

—¿Peter? —dijo, súbitamente seria y con voz soñadora.

—Dime.

—Olvídalo todo durante un par de horas.

Y me sumergió sabiamente en ese feroz acantilado al que me arrastraba su cuerpo flexible y suspirante.

CAPITULO VII

El safari por la anatomía de Alisha Moon era cada vez una experiencia renovadora.

Pero la noche avanzaba con rapidez y no tenía mucho tiempo para trazar un plan adecuado. No deseaba que nadie escapara y, a la vez, sabía que sería poco menos que imposible conseguir un resultado completamente satisfactorio.

Levante el auricular y comencé a discar un número.

—¿A quién llamas a esta hora? —preguntó Alisha. Tenía los cabellos pegados a la frente cálida y sostenía una colilla encendida entre los dedos indolentes de una mano.

—Al capitán Drubble, de la policía de Nueva York.

—Pero... Drubble es un policía.

—Eso es. Un policía que es amigo mío y que tú conoces. Si hemos de acabar con la pandilla necesitamos su ayuda. Es la única posibilidad.

—Sí, tal vez tengas razón —admitió.

El teléfono sonó varias veces y, por fin, una voz adormilada y gruesa bramó sin ninguna delicadeza.

—¡Drubble!

—Conserva tus energías, Bud. Soy Logan.

—Logan... ¡maldito seas!

—Cálmate y presta atención. ¿Lo harás?

—¡Son las cinco y media de la mañana!

—Sé que hora es. ¿Quieres escucharme?

—Escupe tu maldita información y déjame dormir.

—¿Quieres atrapar una banda de chantajistas de alto vuelo?

Hubo un silencio en la línea y pude imaginar el cuerpo sólido de Drubble incorporándose en la cama, encendiendo la lámpara y

componiendo su expresión furiosa.

—¿De qué me hablas?

—De mi caso.

—¿Vas a romper las reglas? —se burló.

—Estoy con mi cliente y ella ha accedido.

—Debe ser una cliente muy bonita para que estés con ella a esta hora. Es una noche desapacible.

—Escucha, Bud, la señora es Alisha Moon, la esposa de Claude Challeng. Tú le conoces.

—¡Claro que sí! Un encanto de mujer. Le hablé muy bien de ti, hijo.

—Sí, eso me ha dicho. Luego te pagaré las mentiras. Ahora tienes que levantarte y preparar una redada en Englewood.

—¡Imposible! Necesito una orden especial. No es mi distrito.

—Ya lo sé y es por esa razón que te llamo a esta hora. ¡Quieres abrir de una vez tus ojos de marsopa!

—Cuéntamelo todo. Por favor.

—En ese instituto de belleza integral, llamado Happy Life, es donde se llevan a cabo

una serie de fotografías pornográficas que luego servirán para pedir dinero a las víctimas. El médico jefe del instituto y una dama de la sociedad neoyorquina trabajan en equipo. Ella le proporciona las candidatas más apropiadas, ya sabes, maridos pudientes y temerosos de la opinión pública.

—Sí, continúa.

—Bien. Las fotografías las toma el chófer de la señora de alcurnia durante un tratamiento que ellos dominan terapia de relajación. Supongo que utilizarán esa técnica de las luces tenues, la música lenta y sedante y luego alguna droga en un zumo revitalizador. Lo cierto es que consiguen unas buenas fotografías que harían las delicias de cualquier camarote de buque mercante.

—¿Y bien?

Drubble estaba comenzando a fatigarse. El conocía mejor que nadie el modo de operar de los chantajistas y quería que yo le llevase rápidamente a mi propuesta.

Yo, sin embargo, iba a tomarme mi tiempo.

—He averiguado que mañana llevarán a cabo un nuevo fichaje. Una mujer irá al instituto de la mano de nuestra señora de alcurnia y alrededor de las seis comenzará la sesión porno.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Ya te lo explicaré luego.

—¿Alisha Moon...?

—Sí, ella también ha sido chantajeada, pero la dejaron en paz al cabo de un tiempo.

—¿Mucho dinero?

—Treinta mil dólares.

—¿Por qué recurrió a ti, entonces?

—Porque recomenzaron.

—¿Por qué arriesgarse si habían conseguido esa suma?

—El chófer de la dama, que también es el fotógrafo, decidió ganar unos dólares por su cuenta.

—¿Cuál es la relación con el asesinato del viejo Bo? Dijiste que creías que...

—Sé lo que dije. La polvera que hallé en el laboratorio de Bo es igual a la que aparece en una de las fotografías que tomaron a Alisha.

—Entiendo.

—Bien, ahora escúchame Bud, te diré los nombres. ¿De acuerdo?

—Dispara.

—La dama de alcurnia es Dorothy Merriwether, su marido ignora sus andanzas.

Escuché el silbido de Drubble a través del auricular.

—Será un buen espectáculo, Pete.

—El chófer se llama Burke...

—Burke Smith —añadió Alisha.

—Burke Smith —dije yo a Bud—, y ahora presta atención, amigo... el nombre de médico de Happy Life es Murphy. ¿Te dice algo ese apellido?

—¿Pariente de Hubert Murphy?

—Hermano.

—Obtendré una autorización para actuar allí. ¿Qué has pensado?

—Me pondré un chandal e iré a echar un vistazo. Controlaré los movimientos hasta eso de las seis de la tarde, cuando comiencen las terapias de relajación, y entonces entraré en el edificio y procuraré cogerlos *in fraganti*. Murphy debe tener un archivo con los negativos duplicados en algún sitio del edificio, protegido de los eventuales allanamientos por su hermanito Hubert.

—Tendré el sitio rodeado y entraré en cuanto tú me lo indiques.

—Si no puedo darte el aviso, entra a las seis y media, no más. ¿De acuerdo?

—Cuenta conmigo, me encantará ver el rostro de Hubert Murphy.

—Buena suerte, Bud.

—Eres tú quien la necesitará, Pete.

Corté la comunicación.

Alisha tenía el rostro demudado.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Vas a meterte en la boca del lobo?

—Eso mismo.

Salté de la cama y comencé a vestirme. Dos pares de calcetines, calzoncillos largos, dos jerseys, zapatillas de cuero y el chandal. Elegí

un abrigado capote del ejército y luego añadí la pistolera con el 38.

Alisha me observaba como la mujer de Atila cada vez que salía a jugar con su espada por las praderas desfoliadas.

—Sé que estás preocupada y es inevitable, muchacha. Tengo que hacerlo, por ti y también por mí. El viejo Bo era un amigo y murió asesinado por alguien vinculado a este sucio negocio. Y tengo idea de cómo ocurrió. ¿Lo comprendes?

—Sí, entiendo.

—Bien. Ahora debo irme. ¿Me esperarás, aquí?

—Déjame ir contigo.

—No, tengo que actuar solo.

—¿Cuándo regresarás?

—No lo sé con exactitud. Tal vez alrededor de las diez de la noche, si todo marcha bien.

—¿Me quieres?

—Estoy aprendiendo a depender de ti —sonreí.

Salió desnuda de debajo de las sábanas y me abrazó durante un minuto largo y enternecedor. Luego me besó en las mejillas y se alejó en dirección al cuarto de baño.

—Te esperaré en tu despacho. Me siento menos sola allí.

—Eres un encanto.

—Por favor, Peter, regresa a mi lado.

—Desde luego, princesa y nos iremos de vacaciones a un sitio con sol.

—Te quiero, Peter —dijo y desapareció detrás de la puerta.

Fui hasta el sitio en que había dejado su cartera, la abrí y saqué el sobre con la fotografía pornográfica. La guardé en un bolsillo del abrigo y salí del apartamento.

Subí al Plymouth, busqué la botella que llevaba en una de las alforjas de la puerta y bebí un largo trago de whisky.

Nueva York despertaba a la nueva jornada y las máquinas barrían la nieve como grandes dragones anaranjados y hambrientos. Me alejé del centro y crucé a Nueva

Jersey antes de torcer hacia el norte en busca de la carretera de Englewood.

Sólo me detuve una vez, para llenar el depósito de gasolina y desayunar. Compré tres emparedados y un par de latas de cerveza y continué el viaje.

Me aparté de la carretera cuando mi reloj indicaba las ocho y media de la mañana. El frío era intenso y el cielo prometía nuevas nevadas. Avancé un kilómetro por el camino que conducía al complejo Happy Life y oculté el Plymouth en el arcén, junto a un grupo de arbolillos ateridos.

Puse los emparedados y las latas de cerveza en los bolsillos del abrigo y comencé a trotar en dirección al instituto.

Junto a los portones de acceso había un grupo de matas que en tiempos menos aciagos seguramente se transformaban en un seto de buen aspecto. Me oculté tras las matas y me dispuse a aguardar. Al cabo de una hora amaneció lentamente y el cielo pareció encapricharse con los tonos oscuros y reunir las nubes más amenazadoras encima de mi cabeza.

A las doce comenzó a nevar. Me moví para desentumecer los brazos y las piernas y vi un coche que avanzaba por el camino. Era el tiburón conducido por Burke y detrás alcancé a ver el perfil de Dorothy Merriwether.

Los seguí con la mirada y vi a dos mujeres descender ante la puerta del edificio principal. Burke llevó el automóvil al garaje y reapareció portando un par de valijas metálicas con el equipo fotográfico.

El proceso estaba en marcha.

Comí un emparedado y bebí media cerveza. Encendí un cigarrillo y continué moviéndome para combatir el frío.

A las doce apareció un segundo coche. Pero esta vez su reconocimiento resultó muy sencillo. Era un coche policíaco. Entró en el predio del instituto y un individuo vestido de paisano descendió por la puerta del acompañante.

El chófer permaneció dentro del automóvil.

Deduje que se trataba de Hubert Murphy y me pregunté si no habrían decidido anticipar la sesión. Comencé a ponerme nervioso cuando vi a Dorothy y una mujer muy delgada y bella, salir trotando del edificio y reunirse con un grupo de veinte o veinticinco hombres

o mujeres que se alejaron haciendo *jogging* por un sendero que conducía al bosque.

Me sentí mejor, pero no duraría allí otras cinco horas. Iba a congelarme.

Media hora más tarde el grupo de la maratón regresó y se introdujo directamente en la piscina climatizada. Desde mi observatorio podía verles nadar a través de la cubierta translúcida que sería retirada durante el verano.

A las dos un grupo de camareros llevaron unos carritos con comida a la piscina y los clientes de Happy Life se lanzaron sobre la dieta macrobiótica sin ningún pudor.

Yo estaba helándome, de modo que comí el segundo emparedado, acabé la cerveza, fumé un cigarrillo y decidí colarme en el edificio.

Comprobé la carga del 38, me quité el abrigo y me dirigí trotando sin ningún tipo de precaución hacia el edificio principal. Pasé junto al coche de la policía y el agente que conducía me echó un vistazo neutro. Yo pertenecía a una clase que él sólo observaba desde un nivel inferior.

Me hice cargo de mi papel y no le sonreí.

Di la vuelta al edificio y descubrí una escalerilla lateral que descendía hasta una puerta de servicio.

Descendí por ella y me pegué a la puerta. Un olor a comida caliente y sabrosa inundó mis papilas y abrí cautelosamente la puerta para atisbar al interior.

Vi las instalaciones de la cocina y un hombre, de espaldas, ocupándose de preparar un plato especial. Entré, me incliné detrás de las mesas y avancé hacia el extremo opuesto de la estancia. Allí había una puerta que indicaba la alacena. La abrí y me colé dentro.

Eran las tres de la tarde y aún tenía que aguardar tres horas. El sitio

era caliente y olía a pescado seco. Había varias estanterías llenas de cajas y latas de comida. Y también había una ventana, casi junto al techo.

Trepé por una de las estanterías y eché un vistazo al exterior. Vi la piscina y parte del frente del edificio. En las próximas tres horas tendría que subir allí cada diez minutos para controlar los movimientos del exterior.

Me senté detrás de un tonel de olivas y decidí armarme de paciencia.

Afuera, continuaba nevando.

CAPITULO VIII

Varias mujeres salieron de la piscina a las cinco de la tarde. Entre ellas alcancé a ver a Dorothy y a su acompañante, Martine Desner. Era el momento de la sauna y luego llegaría el broche final con un objetivo apuntando al sexo desnudo.

Media hora después me dispuse a entrar en acción. Tenía que hallar el gabinete donde realizaban las sesiones. Me dirigí a la puerta de la alacena y la abrí... para encontrarme con el rostro estupefacto de uno de los lanzadores de martillo.

Tenía la boca llena de comida y sostenía una taza en la mano. Debía ir en busca de algo a la alacena, pero no tuvo tiempo de cambiar de idea.

Le hundí la derecha en el plexo solar y luego le levanté el testuz con un *uppercot* que casi termina por astillarme los nudillos. Cayó hacia atrás y quedó apoyado en una mesada. La taza se hizo añicos en el suelo y comenzó a ahogarse con la comida.

Lo golpeé otra vez, con fuerza, en el estómago y comenzó a vomitar. No fue difícil doblarle el brazo con una llave y empujarlo hasta la alacena. Entramos y cerré la puerta.

—Me recuerdas, ¿verdad?

Asintió en medio de arcadas.

—¿Dónde está Murphy ahora?

—Relajación... —murmuró.

—¿Dónde es eso?

—Por el corredor, a la izquierda. Hay una escalera y... —una náusea le cerró la boca y su rostro se convirtió en una mueca violácea por el esfuerzo para controlarla.

—¡Continúa!

—...hay que cruzar el vestíbulo. Hay una puerta que pone «Relajación».

—¿Quién está con Murphy?

—No lo sé.

Saqué el 38 y le golpeé los dientes con el cañón. Siempre me dio buen resultado el sistema.

—¡Por favor! —suplicó—. Sam y yo sólo tenemos que cuidarnos de la seguridad. No...

No mentía, pero era peligroso. Le aticé en la nuca y se desmayó. Lo amarré con su propia camisa y abandoné la alacena. Crucé la cocina sin tropiezos y eché un vistazo al corredor. No había nadie. Avancé hacia la izquierda y vi la escalera.

Comencé a subir con precaución cuando escuché voces. Me apresuré a llegar al descanso y me oculté tras la puerta. Dos camareros entraron riendo y descendieron en dirección a la cocina.

Yo salí al vestíbulo.

Había un par de mujeres ataviadas con chandal y leyendo revistas de actualidad. Me miraron como si fuéramos cómplices de un tratamiento reconstituyente.

Miré mi reloj de pulsera y vi que eran las cinco y media. No podía ser. Estaba detenido en esa hora. Busqué un reloj en la estancia y descubrí uno de pared encima de los archivos que había estado manipulando la rubia de las curvas poderosas.

Eran las seis y cuarto.

Maldije el momento en que se había agotado la pila de mi reloj y me precipité hacia

la puerta de la habitación que ostentaba el rótulo de Relajación.

Abrí y me encontré en el extremo de un pasillo. Había tres puertas a cada lado y una al final. Delante de la puerta vi al otro gorila. Levantó la mirada y yo cogí el 38 con las dos manos y le apunté a la cabeza.

No me hizo falta más.

Avancé lentamente, sin dejar de apuntarle y observando la modificación que iba sufriendo la expresión tensa de su rostro.

—Hola —dije y le asesté un culatazo en la sien. Cayó sentado sobre sus nalgas y yo abrí la puerta.

Había una pequeña sala y luego una cortina que separaba la antecámara del sitio donde el buen Murphy procedía a sus negocios de carne y celuloide.

—¿Eres tú, Sam? —preguntó una voz que no conocía.

Luego apareció un rostro por entre las cortinas y recibió uno de mis mejores directos en la nariz. Era Hubert Murphy y sus facciones ensangrentadas retrocedieron hacia el interior de la habitación.

Aparté las cortinas y entré.

Murphy y Dorothy Merriwether estaban sentados en dos butacas, bebiendo whisky y observando la escena. Burke, detrás de una cámara fotográfica montada sobre un trípode, controlaba la acción de la pareja que había en la cama.

Esta visión duró sólo una fracción de segundo, porque cuando Hubert Murphy cayó hacia atrás toda la escenografía cambió su disposición. Mi 38, no obstante, no les permitió una coreografía muy extensa.

—Todos quietos —dije.

El negro que actuaba sobre el cuerpo inconsciente de Martine Desner saltó de la cama cubriéndose un miembro excesivamente ampuloso y miró estupefacto a Murphy.

Burke parecía a punto de estallar y todo su cuerpo estaba en tensión como la cuerda de un arpa.

—Estupendo negocio —me burlé.

—¡Les dije que nos traería problemas, maldita sea! —rugió Burke.

—¡Silencio, estúpido! —chilló la Merriwether.

—Tranquilícense, por favor —intervino Hubert Murphy, poniéndose de pie con la nariz convertida en una pulpa desagradable—, ¿De qué puede acusarnos? ¿Acaso piensa matarnos a todos? No sea idiota, guarde el 38 y márchese de aquí. Yo me olvidaré de su rostro y todos tan felices.

Tenía una excelente presencia de ánimo, alimentaba seguramente por años de impunidad y autoridad de latón.

Pero yo sabía exactamente cómo actuar.

Di un paso, y lo desmayé de un culatazo en la frente.

Dorothy Merriwether lanzó un chillido y Burke trató de escapar de la habitación saltando por encima de la cama. Sólo tuve que lanzar el 38 hacia él. Le di detrás de la oreja y cayó al suelo mareado. En unos pocos segundos aquel antro se había convertido en una carnicería, y la fiesta continuaba.

—Tú —dije al negro—, cubre a la mujer con una sábana y échate a su lado. Por las manos debajo de la nuca y no te muevas porque el primer disparo irá directamente a

tu instrumento de trabajo. ¿Me has comprendido?

Asintió presuroso. Seguramente le habían contratado por un puñado de dólares y no pertenecía al equipo efectivo de la organización.

Miré al doctor Murphy.

—Voy a hacerle una pregunta y no la repetiré. ¿Dónde tiene ocultos los negativos?

—¿Los negativos? —preguntó.

La lámpara utilizada por Burke para iluminar la cama continuaba encendida. Me acerqué a Murphy, cogí su mano derecha y le hundí el cañón del revólver en el cuello.

Dorothy Merriwether temblaba como una hoja, una hoja venenosa.

Apoyé la mano de Murphy en la lamparilla hirviente y lanzó un aullido desesperado.

—¿Quieres volver a probar?

—¡No, por Dios, no! Tengo un archivo en mi despacho, debajo del escritorio de madera.

—¡Mientes! —le espeté furioso y aproximé nuevamente su mano a la lamparilla encendida.

Lanzó un grito de horror y la Merriwether le acompañó con uno de los aullidos más espeluznantes que he escuchado.

—Dice la verdad —dijo ella—, el archivo está en su despacho.

No pude saborear mi triunfo porque escuché una detonación y un

dolor intenso rozó mi muslo. Me volví e hice fuego. El proyectil entró encima del ombligo de Burke, que dejó caer el arma y trató de contener la sangre que huía por el orificio.

—¡Un médico...! —bramó.

—Tú liquidaste al viejo Bo Ralphy, ¿verdad?

La puerta se abrió y apareció Drubble con una 45 en la mano. Le hice señas de que aguardara un instante y volví a preguntar.

—¿Por qué tuviste que matarle? ¿Te sorprendió utilizando su laboratorio?

—Un médico... —suplicó—, me estoy desangrando.

—¡Responde, bastardo! —grité.

—Sí. Conocía el laboratorio y lo utilizaba por las noches. El jamás se hubiese enterado... —y entonces pareció reflexionar—. ¿Cómo lo averiguó?

—Olvidaste esto en el laboratorio, cerdo —repliqué y saqué la polvera del bolsillo y se la arrojé al rostro.

—Todo está bajo control, hijo —dijo Bud.

—Allí tienes a tu amigo Murphy y en el despacho de nuestro querido doctor hallarás los archivos y las pruebas del negocio.

Una ambulancia se llevó al herido y un médico de la policía se ocupó de Martine Desner, que continuaba inconsciente. El negro, Hubert Murphy y la dama de alcurnia, Dorothy Merriwether, fueron trasladados al precinto en un furgón policial.

—Mira esto, hijo. Una verdadera fortuna —dijo Drubble, mirando los negativos.

Había allí más de trescientas mujeres en situación de perder toda credibilidad ante los ojos vigilantes de sus maridos, todos ellos adoradores del dólar, el prestigio y las puestas en escena.

Busqué en la letra «M» y extraje un sobre a nombre de «Moon, Alisha».

—Es mi precio, Bud.

—No he visto nada, hijo.

Nos estrechamos la mano y salí del edificio.

Atravesé el parque anterior en dirección a los portones de acceso. Varios policías vigilaban el predio y pude observar los rostros demudados de los clientes de Happy Life asomados a las ventanas de la primera planta.

Recogí mi abrigo y anduve hasta el Plymouth mientras bebía la última cerveza y comía el último emparedado.

Puse el motor en marcha, bebí un trago de whisky y encendí un cigarrillo.

Cuando enfilé hacia Manhattan nevaba copiosamente y la noche era más cerrada que una sociedad secreta.

Dejé el automóvil en el aparcamiento subterráneo de la calle Lafayette y subí en el ascensor hasta la décima planta. Detecté un perfume fuerte que el recinto del ascensor y también en el tramo de pasillo que conducía a la puerta de mi despacho.

Golpeé y escuché un cerrojo antes de que la puerta se abriera y Alisha se echara en mis brazos. La besé con dulzura y luego la aparté de mí para mirar al hombre que estaba sentado en uno de los sillones.

Cerré la puerta y encendí un cigarrillo.

—Sírreme un whisky, princesa —dije.

El hombre se puso de pie. Era delgado, alto y tenía la piel morena de sol artificial. El cabello le raleaba en la frente pero su sonrisa era magnífica. Tenía todo el aire del gran seductor y yo le había visto numerosas veces en las páginas de multitud de revistas.

—Mi nombre es Claude Challong —dijo.

—Logan —repliqué.

—Drubble me llamó por teléfono para informarme de que todo había terminado bien

—explicó Alisha—, y entonces... pensé que era mejor resolver todo esta misma noche.

—Una idea estupenda —admití, divertido con la escena.

Confieso que jamás me hallé en una situación semejante. El célebre y

controvertido triángulo amoroso.

—Escuche, Logan —comenzó Challong—, Alisha es un tanto loca y comprendo que yo... no soy un... marido perfecto, pero es necesario que vuelva a mi lado. Tenemos un trato.

—Un trato que no soporto —dijo ella, al borde de las lágrimas.

Había demasiada angustia en aquella relación, una angustia que el viejo Claude no parecía comprender.

—Ella se quedará conmigo, Challong. Se divorciará cuanto antes y usted le allanará el camino.

—¡Jamás me divorciaré! —bramó, pero su grito era tan temible como el gorjeo de un ruiseñor.

—Amigo, usted tiene una vida peligrosa. Juega a dos puntas y el riesgo aumenta con la edad. Alisha y yo estamos enamorados y vamos a vivir juntos e intentaremos ser felices. ¿Me comprende? En estos días podrá distraerse consolando a su amigo Douglas Merriwether mientras dura el juicio de su mujer, la ácida serpiente. Piénselo con calma y verá que es mejor resolver estas cuestiones como caballeros.

Bebí un trago de whisky y me quité el abrigo. La pistolera y el 38 eran como un

estandarte desplegado ante los ojos temerosos del hombre.

—Por favor... Claude, procura ser amable...

—¡Ni hablar! —dijo, recuperando su petulancia—. Tengo amigos y relaciones. No le conviene enfrentarse conmigo, Logan.

No le respondí. Me limité a sacar el sobre que decía «Moon, Alisha» del bolsillo de mi abrigo y buscar la fotografía más indicada.

Alisha me miró. Primero con sorpresa y después con seguridad. Sonrió y dio un paso hacia mí.

—Dime, cariño, ¿tienes inconveniente en que haga llegar algunas de estas maravillosas fotografías a los despachos de los figurines más destacados? —le pregunté.

Challong me quitó la fotografía bruscamente y la observó durante el medio minuto más espantoso de su vida. La mandíbula aumentó su temblor y creí que había envejecido diez años.

—Logan, no le creo capaz de...

—Pruébeme, Challong.

Rompió la fotografía con furia y salió de mi despacho dando un portazo.

—¿Es verdad? —preguntó Alisha, besándome con calor en los labios.

—¿Qué? ¿Que enviaría tus fotos a los políticos amigos de tu marido?

Lanzó una carcajada encantadora y volvió a besarme.

—No —dijo con su voz de vampiresa contemporánea—, pregunto si es verdad que nos queremos..., que tú me quieres.

La levanté en mis brazos y la llevé hasta el sofá.

—Pregúntamelo por la mañana, nena. Ahora estoy molido.

Pero no me permitió dormir. Antes tuve que darle una respuesta y luego probarle que lo que le había dicho era absolutamente cierto.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

1 1736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España